

Esta edición PDF
del Papel Literario
se produce
con el apoyo de



RIF: J-07013380-5

DICE JORGE CARRIÓN: Yo creo que la transición en marcha es de la centralidad del hombre a la centralidad de la IA y es una transición impulsada por la avaricia corporativa. Pero es posible situar en ese lugar la vida. El biocentrismo no excluye la tecnología, la puede integrar armónicamente.

Papel Literario FUNDADO EN 1943 82 AÑOS

• Dirección Nelson Rivera • Producción PDF Luis Mancipe León • Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez • Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com • <https://www.elnacional.com/papel-literario/> • Twitter @papelliterario

27 DE ENERO >> DÍA INTERNACIONAL DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

Ana Frank y los testigos del futuro

"De pronto se vieron destituidos de sus derechos, estigmatizados y señalados en un juicio sumario, si el resto de los habitantes no reaccionó ante las primeras muestras de intolerancia, esto ha debido alarmares, pero aquella indiferencia funcionó como un acto de segregación. El plan de exterminio del nazismo obraba así como la ejecución del dictamen de aquel juicio silencioso"

MIGUEL ÁNGEL CAMPOS

AEl 6 de junio, día del desembarco de Normandía, Ana Frank escribe en su diario: "El anexo es un volcán en erupción. ¿Se acerca de verdad esa libertad largamente suspirada?". La liberación llegaría para ella en un lento suspiro de agonía, ocho meses después, en el campo de concentración de Bergen-Belsen. El 4 de agosto (1944) la Gestapo irrumpió en el anexo y arrestó a todos sus huéspedes: la familia de Ana, compuesta por sus padres y la hermana mayor, otra familia, los Van Daan, padres y un hijo, y Albert Dussel -Pfeffer es su verdadero apellido, Ana lo sustituye en el diario por este apodo: boracho, en alemán-, un dentista amigo incorporado al refugio cuatro meses después. Habían vivido en aquella ratonera desde el 6 de julio de 1942: 25 meses menos dos días. La reclusión de aquel grupo no debía ser un hecho excepcional, se estima que unos 25 mil judíos, en Ámsterdam, dejaron sus casas y se recluyeron, de esos unos ocho mil fueron apresados o descubiertos, se estima que unos 15 mil regresaron, de acuerdo a los datos que aporta Mirjam Pressler en su libro *¿Quién era Ana Frank?* (Muchnik Editores, Barcelona, 2001). Arriados a los crematorios, debieron acudir a los más desesperados recursos para eludir las convocatorias y así una muerte segura.

Aquí asoma una arista de la discusión que expone la pasividad, y hasta la incredulidad, como un cargo. Ellos debieron defenderse, arguye Bruno Bettelheim (*Sobrevivir*, 1952) y no entregarse como corderos, la frase es suya. Pero fueron adaptándose a las carencias, a todo cuanto se les quitaba, intentaron vivir con lo mínimo sin entender que no se trataba de una crisis política o de intolerancia, sino de un proyecto genocida. Ese cargo de conformismo parece recordarlo Pressler ("¿Qué no se puede sentar uno en el banco del parque? Lástima, pero también se puede vivir sin eso"). Raul Hilberg (*La destrucción de los judíos de Europa*, 1961) va un poco más allá en esos cargos, ya un tópico en los estudios del Holocausto. El mismo es un sobreviviente y ha insistido en cómo los representantes de los sectores judíos más vinculados a la vida pública alemana fueron promotores del cumplimiento de una normativas y leyes en una fase avanzada de la segregación. Cuando el Partido Nacional Socialista arrasa en las elecciones municipales de marzo de 1933 está desplazando al alcalde judío, Ludwig Landmann, no eran una comunidad segregada. Pero en vísperas del primer boicot, ellos siguen fiándose a plenitud del Estado de derecho: "Nada podrá robarnos los mil años que nos unen a nuestra patria, Alemania, ni habrá peligro de que nos arrebaten la fe que heredamos de nuestros padres. Hemos



ANNA FRANK / HOLOCAUST MEMORIAL DAY TRUST

de defender nuestra causa con prudencia y dignidad". Obraban como si tratara de un litigio de derechos civiles, era un genocidio, pero todo parecía ayudar al malentendido, incluyendo el optimista prospecto inmediato, la República de Weimar. Pienso en como esta suficiencia tiene hoy en Venezuela un eco siniestro. Su libro, *La destrucción de los judíos europeos* (1961), está lejos de pretender ser un argumento conciliador. Ante la llamada que los arrasaría, ellos, sostiene Hilberg, insistieron en la creencia en una legalidad, esta les había garantizado un orden de gestión y ascenso económico, al punto de entregarse al fetichismo del Estado industrial ignorando la remodelación del poder, y cuando sus efectos ya son concluyentes en una fecha avanzada como "La noche de los cristales rotos" (9-10 de noviembre de 1938). El bienestar no podía sino engendrar una expectación donde no había cabida para la incredulidad. Buscando en las razones últimas de una inmovilidad, y en un ejercicio de comprobación del instinto, Bettelheim hace una observación perturbadora: los Frank se aprovisionan de todo lo necesario cuando se mudan al Anexo. Desde alimentos y medicinas hasta objetos del diario confort, libros y adminículos. Pero inexplicablemente, el inventario no incluye ningún arma u objeto de defensa ("Sin embargo, vemos en el diario de

Ana que lo que más deseaba la familia Frank era seguir viviendo del modo más parecido a como lo hacía en tiempos más felices"). Un arma de fuego hubiera detenido a los asaltantes durante unos instantes cruciales y una buena parte de los refugiados pudiera haber alcanzado la calle. Como si la certidumbre de la vida prometida desplazara los instintos y así se insistía en una normalidad en crisis, cuando en realidad enfrentaban una fase burocrática del genocidio. "La actitud de la familia Frank, la creencia de que la vida podía seguir su curso igual que antes, puede muy bien que fuese la causa de su destrucción". La insistencia en esconderse en grupo cuando esto aumentaba los riesgos, el Anexo tenía un solo acceso, era una ratonera, el señor Frank dedicaba el tiempo a enseñar a sus hijas asignaturas escolares en vez de un plan de huida, estas y otras elecciones como hábitos mortales son señalados por Bettelheim en su determinación de identificar una pulsión cuyas consecuencias se revertían.

B

La persistencia de unas costumbres, la glorificación de la vida privada en medio de la destrucción de lo público. "Los judíos que se sometieron pasivamente a la persecución nazi llegaron a depender de procesos mentales pri-

mitivos e infantiles: espejismos e indiferencia ante la posibilidad de la muerte". En definitiva, este autor disiente de la admiración por la resistencia pasiva y considera un error una manera de protección y defensa de la vida que se confía al ajuste de una alteridad pública, no es resiliencia, diría, sino la pérdida del sentido de sobrevivencia (como ha ocurrido hoy en Venezuela). La revisión, toda una disidencia, está desarrollada en su ensayo *La lección ignorada de Ana Frank* (1960). Sus argumentos quieren ser prácticos, pero nunca policiales, va a buscar razones (y explicaciones) en la vida social de los judíos de Europa occidental durante esa primera mitad del siglo XX. Encuentra una asunción errónea de la diáspora: prósperas comunidades en una integración complaciente. Disolución del sentido de riesgo en un horizonte de progreso, así el escepticismo los dispuso para una percepción equívoca de la seguridad, esta engendró el conformismo y de allí el espejismo mortal. Ante la dureza de sus hallazgos, Bettelheim se siente obligado a un deslindo donde caben otros espectadores: "Mis críticas no van dirigidas a la actuación de los Frank, sino a la admiración universal que ha despertado su forma de afrontar los hechos o, mejor, de no afrontarlos". (El genocidio venezolano no ha producido en la expectación internacional sino indiferencia, y hasta un cierto desdén, quiero atribuir esto en parte a desinformación en la era de la revolución de las comunicaciones).

Queda una lección: a medida que cedemos no estamos templando nuestra resistencia, sino ajustándonos a una hostilidad que reduce nuestra idea del confort y, por último, nos aniquila. Si hoy esto parece tener sentido, nunca como en el caso de Venezuela. Sería preciso recordar, y contra ese cargo de conformismo, como esos judíos no eran una minoría extraña en los países donde vivían, se trataba de ciudadanos ordinarios, arraigados en una comunidad, actores de su sociedad. De pronto se vieron destituidos de sus derechos, estigmatizados y señalados en un juicio sumario, si el resto de los habitantes no reaccionó ante las primeras muestras de intolerancia, esto ha debido alarmares, pero aquella indiferencia funcionó como un acto de segregación. El plan de exterminio del nazismo obraba así como la ejecución del dictamen de aquel juicio silencioso. Si las SS alentaban la discriminación en una clasificación donde la población asumía sus distinciones sin mayores protestas y mientras una parte de ella era segregada, estaríamos en presencia de una *razzia* silenciosa practicada desde el mismo tejido social, y no tanto desde una maquinaria totalitaria.

Se admite la cifra de unos 6 millones como sensata para censar a quienes fueron víctimas tanto de la cámara de gas como de los maltratos, las enfermedades y las ejecuciones compulsivas. Si la Unión Soviética, país beligerante, perdió entre 20 y 22 millones de ciudadanos, y Gran Bretaña, también beligerante, alrededor de medio millón, entre soldados y civiles, se comprende entonces que para los judíos aquello tuvo rasgos de *razzia* planetaria. En todas las ciudades populosas de Europa oriental empieza con políticas de control urbano y requisición, antes de "La noche de los cristales rotos", y desde este momento adquiere su sentido público predatorio. Lo que distingue la tragedia del Anexo secreto, en una comunidad donde familias enteras, grupos y pequeñas sociedades desaparecían sin estrépito, lo que la hace excepcional en su convencional sufrimiento, es la existencia de un testimonio escrito, relación cotidiana de los 25 meses, la guerra vista desde adentro, en la inmovilidad de quienes reproducen una rutina creyendo que se trata de llegar intactos al final del túnel, recuperar un momento del pasado y así están entregados a jugar a la normalidad. El diario nos ha legado una experiencia de agonía y tensión, pero sobre todo representa una situación límite, la lucha por no descender más allá de la degradación física. En esa convivencia lacerante el grupo se enfrenta a las consecuencias de la exasperación psíquica y el desgaste mental, en un estiramiento sin margen.

(Continúa en la página 2)

Ana Frank y los testigos del futuro

(Viene de la página 1)

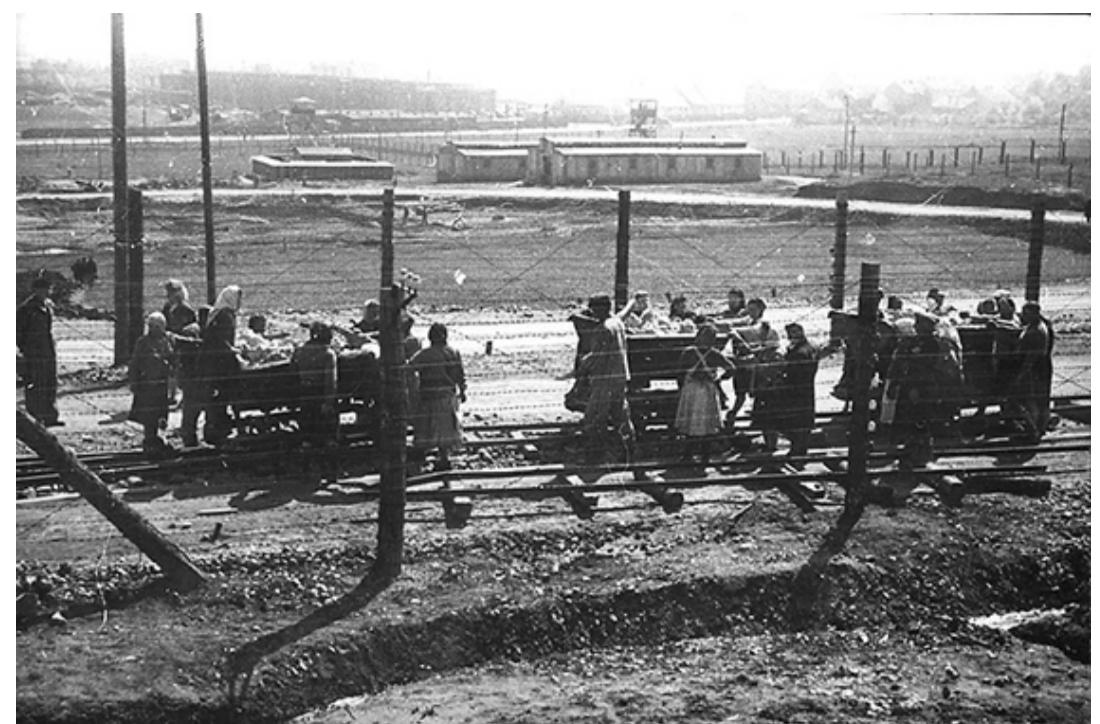
El testimonio resulta así la crónica de un experimento imposible, en él tanto interés sociológico y psiquiátrico son evidentes, en conjunto la proeza resulta una síntesis de las posibilidades de salvación cuando estamos al borde del abismo, nada más. Si Ana no hubiera llevado su diario, todo descansaría en el recuerdo del padre, como todo lo demás está en el registro anónimo de los sobrevivientes, muchos de los cuales han hablado desde el amparo, y en el no tan fiable rigor de la vejez. El diario tiene su primer asiento el 14 de junio, dos días después de haber cumplido 13 años, aún disfruta Ana de su habitación solariega en la casa del centro de Ámsterdam. Aunque ya para esa fecha los judíos estaban siendo confinados a determinadas áreas de la ciudad y debían regresar a sus hogares a horas más tempranas. Holanda recibió desde mediados de los treinta la más importante cuota de inmigrantes, sobre todo de Alemania y Austria, pero había exigencias para esta oleada, debían garantizarse no solo su manutención, también aportar a la economía en términos casi institucionales. El campo de Westerbork, escala de quienes serían destinados después a Auschwitz, y donde recalaron los apresados del Anexo, es resultado de un acuerdo entre organizaciones judías y el gobierno y tras el flujo desatado por "La noche de los cristales rotos". Fue construido íntegramente con fondos judíos, y para albergar a los beneficiarios de unas ocho mil peticiones de asilo.

En la fuga precipitada ya se anuncia la condición y el criterio que le permitirán a la niña sorprendida comportarse con el ánimo inquisitivo, y nada conformista, que la distinguiría, observar con la agudeza de una madurez que no llegaría. Al desechar algunas cosas de utilidad puramente funcional anota: "No lo lamento, porque me interesan más los recuerdos que los vestidos". Estas líneas han sido resaltadas en la edición crítica del diario, aquí vuelve Pressler sobre la objeción capciosa que siempre se ha hecho sobre la autenticidad del documento. Ella no cree que eso sea de la mano de Ana, duda de la gravedad de la niña valorando qué llevarse y qué dejar. Y es una duda resplandeciente, pues sirve solo para enmarcar la compleja expectación de Ana en los días centrales de la reclusión, y donde la autora descubre, en una sólida exégesis, el extremo de la relación de Ana con Peter: un orgasmo sin penetración. Más que sorprendernos, nos commueven las hondas, abismales observaciones que quieren situar la personalidad de los otros, inclinada como sobre un espejo de agua que tiembla, interroga las sutiles relaciones del grupo. Pressler ha mostrado cómo el diario es una relación de los habitantes en medio de su rutina, pero no solo están descriptos sino calificados, evaluados respecto a la perspectiva inmediata, en razón de cómo inciden en el equilibrio del grupo. Ana está convencida de que saldrá de allí, y para hacerlo sin desgastes mortales está decidida a combatir la banalidad; incisiva, propicia unas respuestas que la sustraijan de su encierro inmediato. Se hace elocuente para sí, o se imagina a donde podría llevarla la opresión. "Un día me volveré vándala y haré trizas ese volumen innoble", se trata de un compendio de álgebra. Si da cuenta de las crisis de los adultos, procura darle un sentido antes que justificar. "Capitulación de Dussel. Gran amistad entre este y la señora Van Daan, *flirt*, besitos y sonrisas de miel, Dussel tiene necesidad de mujer". En el Anexo Ana descubre que no desea ser como el resto de las mujeres, evalúa a su madre y a la señora Van Daan: son amas de casa. Puede llegar a ser dura en su juicio de unas mujeres sometidas por los límites de su educación, pero quizás sin darse cuenta Ana está describiendo el fondo de una agonía sin espectáculo, no hace concesiones, se niega a exaltar lo minúsculo, y conformarse con lo poco o nada, y así está en las antípodas del criticado entreguismo de los judíos que no se defendieron. "Tal vez su crueldad formara parte de sus dotes de observación, de esa capacidad que tenía de concentrarse en lo esencial", dice Pressler. Pero esa crueldad llega a ser un acuerdo del grupo frente a Dussel (Pfeffer), este hombre pudo encarnar a los ojos de todos el fracaso y la carencia de virtudes y en una acción de transferencia lo condenan, Ana, la cruel, es la encargada de redactar esa sentencia. "La opinión que tengo de Dussel baja cada día más y ya llega a menos de cero. Lo que dice sobre política, historia, geografía o cualquier otro tema es de una estupidez tal que no me atrevo a repetirlo". No era solo un tonto, debía descubrirse en él otras señales, y así quedará calificado para el sacrificio: días antes se lo había descubierto escondiendo comida -en esa oportunidad fue cargado de denuestos (avaricioso, intrigante, violador de las reglas). Queda así identificado y listo para acordarse su condición de infecto: "Sin duda se convirtió en el chivo expiatorio de los reclusos", observa Pressler. De esta manera el rito es concluido en la intimidad de unos convencidos que necesitan seguirse rigiendo por una moral drástica, del mismo tenor de sus recursos salvacionistas.

C

La determinación de Ana de escribir, de ser periodista, no es algo verificado como una vocación, no es la diversión derivada del hallazgo de una habilidad. Llega a adquirir conciencia del impacto del testimonio bajo el cual se esconde, se articula una indagación, intuye a ratos que está ejecutando una tarea de completación, prolongando lo real en una dimensión huidiza pero cierta, la escritura se la hace una presencia. "Aquí yo soy mi solo crítico, y el más severo, quienes no escriben desconocen lo que es esa maravilla". La escritura es en ella un instrumento de fijación, hay conciencia de su efecto ordenador -de unos momentos fuera de la suma-, pero es más rotunda la del autorreconocimiento. De la consignación de datos y la rutina del día, el estilo deriva hacia la contemplación y el juicio, manera de aforismos donde la urgencia del objeto ha desaparecido, roza el núcleo de conflictos impersonales, y esto es sin duda inusual en una jovencita que ha estado haciendo balance de su pubertad. Esa observación de los hombres que tienen una religión y que les permite descubrir lo sobrenatural como una ventura, es un salto que sitúa la felicidad en un grado superior de complejización -Pressler la rescata de la edición crítica y en un afán de dar con un hallazgo formal de Dios en la percepción de Ana. Pero parece reprobarle lo que considera falta de humildad. "Lo que si me resulta más difícil de aceptar es el tono presuntuoso con que enumera sus proyectos de vida". Es este un cargo casi moral, no se repara en cómo esa exigencia de un futuro singular está en el centro de la expectación del diario, sin ella este sería una anodina bitácora. No hay en sus relaciones subordinación al tiempo del conflicto, está convencida de que habrá un mañana, la naturalidad con que aborda delicadas explicaciones de los cambios que ocurren en su feminidad, jalones de una sexualidad contenida pero interrogada, recuerda más bien a una adolescente ensimismada en la plenitud de su seguro hogar. "Por las noches, siento a veces la necesidad inexplicable de tocarme los senos, sintiendo entonces la calma de los latidos regulares y seguros de mi corazón". Mientras los otros, aun en los ratos de humor, anhelan lo que han dejado atrás, ella aspira a ser otra, a rescatarse a sí misma para salir de allí convertida en una mujer a la que un horizonte se le ha revelado. Orgullosa de lo que la adversidad le ha mostrado, se siente apta para estar más allá del terror. "La naturaleza me hace humilde y me preparo para soportar todos los golpes con valor". Debemos entender que a la agudeza se suma la intuición, ya no se hace ilusiones y en múltiples pasajes deja entrever su pesimismo. El diario se cierra con una frase impresionante, donde ya no hay signos de urgencias: "Aquella a quien no se oye sollozo en mí". Tras la parada a Westerbork, el grupo es trasladado a Auschwitz, dos meses después del desembarco de Normandía, cuando el curso de la guerra estaba decidido. En marzo de 1945 Ana moría en Bergen-Belsen, "emaciada, con la cara hundida y los ojos desmesuradamente abiertos", según el testimonio de una compañera de campo.

De haber sobrevivido al Holocausto, cómo sería la imagen de Ana Frank -periodista en escozo y dada a los discursos del futuro- que encontraríamos en páginas de testimonio como las de ese libro,



MUJERES HACIENDO TRABAJO FORZADO, CAMPO DE CONCENTRACIÓN PLASZOW, 1943, POLONIA / ARCHIVOS DE YAD VASHEM

Exilio a la vida. Sobrevidentes judíos de la Shoá. Testimonios en Venezuela, (Sociedad Israelita de Venezuela, 3 volúmenes, 2008-10). Coordinado por Jacqueline Goldberg. Ana Frank parece estar haciendo la lista de tareas que otros incorporarán a la continuidad de sus vidas, su diario es una exploración del tiempo que debía construir sobre las ruinas, pero nosotros tal vez lo leamos como la interrogación de un presente denunciado. En paralelo al diario escribía historias, ficciones que ella procuraba no contaminar con la experiencia del encierro, aunque debemos suponer que esta asepsia no era total (*Historias y relatos de la casa de atrás*, 1982). De ellos dice Pressler: "Sus relatos puramente ficticios son más bien disímiles y difusos". Su proyecto era publicar una especie de novela con aquellas viñetas, y espera que los diarios le sirvan de insumo (anotación del 11 de mayo, 1944). Y sin embargo se trata no solo de dos clases de escritura, los objetivos también son distintos, y no se encuentran; el diario (o los diarios, pues en realidad son varios cuadernos, hojas sueltas, con saltos, y falta al menos uno) se le convierte en un instrumento de exploración efectivo, desde la observación hasta la consignación inmediata de juicios. Funciona como una herramienta forense, clínica. Cuando el grupo dirige la atención sobre el diario -todos sabían que lo escribía-, a raíz del discurso del ministro holandés en el exilio, animando a consignar las memorias de la guerra, Ana parece tomar conciencia por primera vez del carácter de documento de sus anotaciones. "Pero apenas diez años después de acabada la guerra, parecerá de otro mundo lo que se cuenta aquí, el modo en que los judíos hemos vivido, comido y conversado" -es clara la voluntad de distanciar aquella escritura del realismo, concede la acción de utilidad, de la voz que observa y hablará por los demás, pero retiene el secreto destino que la escritora ha descubierto. No resulta sino desoladora la convicción del padre, que concluye en una voluntad mutiladora cuando este decide publicar el diario, en 1947. El texto es expurgado y desaparecen todas las referencias y desarrollos de carácter íntimo, alusiones incómodas a personas y todo cuanto no sea de interés histórico. Creyendo proteger la memoria de su hija incurrió en una deslealtad de proporciones, despojado de aquellas valoraciones y juicios donde la adolescente se ha

encontrado con un mundo revelador. No fue sino hasta 1988, cuando se dio a la luz la edición crítica y se incluye el texto original completo y el resto de los manuscritos sueltos.

Desde su agonía ella habló sobre los otros, aquellos que vivirían ya no para contar sino para prolongar unas vidas de exilio: salidas del horror, deshechas y rehechas. Y sin embargo cuando nos encontramos testimonios como el de este grupo de judíos venezolanos, que vivieron para denostar el crimen, nos damos cuenta de que en el diario no hay acusaciones, es la percepción de una vida colapsando sin viscerar, observándose. Y en eso se parece más a la actitud de una Hannah Arendt, despersonalizar la conmoción, que a la militancia de un Primo Levi. Los recuerdos de este nutrido grupo de sobrevivientes anclados en Venezuela componen una relación del holocausto desde la intimidad de sus actores, la mirada de los aterrados apenas fija aquello que los mantiene vivos, y esos instantes se convierten en suma de todo lo previo, y desde allí la milagrosa salvación, volver a empezar. En este libro las señoras lucen sus mejores atavíos, cuando escribo la mitad habrá muerto ya de verdad, reunidas como en un aniversario en un té canasta del club reviven el pasado para contarla, y también para adornarla. La mayoría son pura gratitud y faltan páginas para su chacha, otros son parcos desde una mínima vanidad: alcanzar la ancianidad con decoro. De alguna manera, largo vivir para poco comprender, desde la sola persistencia, envejecer apenas con la satisfacción de haber sido perdonados, menos que eso: salvados. Ellos son como el antidiario de Ana Frank, vivieron para alcanzar una orilla y realizar todo aquello negado por Ana, cuanto Ana ha mirado con desdén. El diario es el encierro sin opresión y no solo porque desde él se avanza sobre un futuro que no se subordina a los límites de la guerra, al cerco nazi, sino porque la rutina parece no dejar espacio para la angustia. En cambio, estas voces de los judíos avariciados en Venezuela, claman desde una manera de incertidumbre: la liberación conclusa en una larga vida de imágenes rotas.

(Continúa en la página 3)



LIBERACIÓN DEL CAMPO BERGEN-BELSEN, 1945 (RECORTES) / IMPERIAL WAR MUSEUM, REINO UNIDO

Ana Frank y los testigos del futuro

(Viene de la página 2)

DLa simpática señora Lila Mittler observa el crimen de una hermosa joven, su cabello despeinado en medio del charco de sangre, hace el recuento de otros y ella misma ha permanecido en un escondite como Ana, la suya es tal vez la relación donde la desventura adquiere la donosura del rechazo de la muerte y la exaltación de un renacer. El trozo de pan mordido y el café aún tibio que las SS encuentran en la cocina de un apartamento de Viena es una escena que no alcanza a moldear una historia, pero puede ser la apertura de muchas. Ningún acto heroico o desesperado estará en desacuerdo con el realismo del futuro, serán solo estaciones de su retención. La mayoría creyó que Hitler y el nazismo era una circunstancia pasajera, el horror los encontró desamparados, la primera dictadura de un Estado industrial se había originado en una práctica de la democracia donde euforia electoral y chovinismo ponía a un lado otras herencias (institucionalidad, el acuerdo cultural, convivencia). Ordenar una obra como esta, voces ajustadas por la paciente transcriptora, supone superar el peso sofocante de un suceso planetario devorado temática y casi cliché. Encarar un fragmento de la historia de la humanidad del cual casi nadie quiere hacerse eco en términos de herencia civilizatoria, menos políticamente, pues se trata del capítulo de un pueblo, lo ajeno particular yéndoseos por entre la rendija de los dedos de la indiferencia. Y sin embargo cuando leemos en perspectiva los testimonios de este grupo anclado en Venezuela sabemos cuánto hemos dejado de oír; los nacionalismos se hacen pedazos y tenemos entonces la relación de un conflicto altamente sensible al diálogo con lo escabroso de la naturaleza humana, diálogo sordo y áspero, pero es justamente eso: intercambio con el abismo que hasta ese momento desconocíamos.

Más de sesenta años después estas personas nos entregan detalles de una perturbación psíquica, ellos pueden referir y hasta valorar sus experiencias, pero a nosotros nos toca estar perturbados, ellos hablan desde una cierta serenidad, como quien ya no puede imaginar más y cuando la realidad ha devuelto congelada e inocua. Tras resolverse el estatuto mismo del asunto del libro, era evidente la urgencia de organizar estos documentos para la crónica venezolana de la inmigración judía de la diáspora del Holocausto. De entre tantas carencias de nuestra historia de la cultura esta debía ser subsanada desde la urgencia moral de los elementos periciales que se desvanecen, los declarantes de avanzada no podían esperar más. Hacer de aquellas historias anónimas biografía y crónica de la vida pública equivalía también a completar una indagación y matizar desde estos lugares las versiones europeas, para la gestión intelectual del país estos testimonios no es poca cosa.

La protohistoria más reciente debía comenzar con la llegada de los primeros grupos de refugiados a finales de los años treinta. Aquejados dos buques llegan a Venezuela tras deambular por el Caribe, rechazados por las posesiones británicas, pero también por países como Argentina, cuyo gobierno remite una resolución a su servicio exterior de no entregar visado a ningún emigrante judío, y este debe ser uno de los actos más vergonzosos del derecho de gentes (Circular No. 11, de 1938, del canciller José María Cantilo, el documento fue recogido, solo recién en 1998 se localizó una copia en Estocolmo). Queda el gesto de la Venezuela de esos días de renacimiento, y como timbre de gloria del país amplio. El presidente López Contreras acepta el desembarco y son atendidos de manera solicitada por la propia población de Puerto Cabello; su sucesor, Medina Angarita, continúa aquella política y en su respuesta oficial puntualiza ante el canciller alemán (a la circular donde el Tercer Reich informa que ha retirado la nacionalidad y declarado apátridas a los judíos alemanes) que ningún ciudadano puede perder la ciudadanía de su lugar de origen –quedan los nombres de aquellos barcos, y como única prueba forense, hoy en el país dislocado: Königstein, Caribia. La política inglesa –de la cual se hacen eco varios gobiernos de América Latina– de no dar visas a los judíos que huían del acoso antes de la guerra, podría explicarse desde la diplomacia de acercamiento al nazismo salida no tanto del Parlamento como del Palacio de Buckingham, –lazos de familia de Hohenzollern y Windsor– y la ingenuidad, en este caso perversa, de Chamberlain.

Esa capacidad de encontrarse con los extranjeros nos hace sociedad cosmopolita y amplia, nos ecumeniza un poco en nuestra tendencia a la comodidad de unos límites, pues lo provincial siempre procede de una forma de indolencia. La lápida del recordatorio del cementerio caraqueño General del Sur, allí ya desde 1955, es tal vez la primera página de este libro, allí se resguarda la memoria de los muertos,

los asesinados no tanto por la demencia como por un largo prejuicio. La Shoá tiene aquí su otro monumento, el de los vivos, ellos están reunidos en las páginas de esta obra, dispuesta para ser oídos, ya a la sordina y en la memoria que no busca ajustes ni fidelidades, tan solo traspasar a otras generaciones las imágenes de quienes resistieron o tan solo permanecieron a la orilla del fuego consumidor, de la ira demencial.

Este grupo de judíos han desarrollado una pasión venezolana, porque aprendieron a serlo y en eso han puesto un esfuerzo moral, a ellos no se les ha regalado una nacionalidad, la ejecutan desde un sentido de arraigo y emoción por la tierra pálida y generosa acogiéndolos sin recelo, nos enriquecen con su aventura y su tragedia, y en esa medida agrandan la dimensión de lo humano. La presencia judía constituye un capítulo insoslayable de la historia contemporánea del país –y esto queda claro en el sintético estudio introductorio de Marianne Kohn Beker–, la articulación de una comunidad a una cultura se produce no desde la identidad histórica sino desde la multiplicidad de intereses espirituales gestionando en un escenario histórico. Comienzan hablando de los días de infancia, el pueblo y la escuela, escenas remotas traídas sin sobresalto al presente de un solaz, y sin ajuste de cuentas; hábitos y escenas de la vida diaria se van desgranando en una relación a veces cándida, pero se trata de fijar el espanto para conjurarla desde los días felices, no hay otro esquema, nada está borrado, tal vez superado y tras las angustias modeladoras. A ratos estas páginas son como un álbum de recuerdos que visto con negligencia pudiera parecernos movidas historias de familia, pero esos rostros infantiles solo son como una edad feliz congelada por el terror. Desde el presente aquel niño posa ahora con su mejor gesto, alguno luce una segura sonrisa, otro observa desde el recuerdo que a fuego ha conquistado su propia paz.

Riquísimas en datos y vínculos, estas historias son de inapreciable utilidad para elaborar genealogías y rastrear el origen de usos venezolanos, de consejas y estilos de última hora, como la biografía de Pérez, digamos, indicándonos, en una anécdota cualquiera, el sentido de un capricho. Unos muestran su fervor y quieren retener emociones, otros simplemente dicen, como la señora Halpern, venida de Polonia, "doy esta entrevista para que nunca se olvide lo que nos pasó". Es decir, para conjurar el pasado y proponerse como testigo del futuro –suficientes razones para identificar el infierno, y saber dónde está– en este recuento del mal. Y esa es una manera, una gran manera, de comunicar la experiencia, de trascenderla en circunstancias de clara responsabilidad del resto de los participantes, pues si la humanidad es un acuerdo, cumplirlo es lo que nos hace miembros de un género, y si tu hermano te habla para reconocerte en ti, ya su solo lenguaje te compromete. Si la diversidad supone el misterio de la diferencia, la posibilidad de conciliar con lo ajeno –y estas vidas alegan para no serlo–, juntar los testimonios y articularlos en un discurso coherente y unitario puede resultar una tarea riesgosa, ardua, expuesta a la pura retórica de la información.

Escribir lo dicho y ajustar los distintos sentidos, poner lo parcial en una consonancia verificable puede tener la función reveladora de traducir a un lenguaje. Y es así como el tono se hace uniforme, casi monótono, y esta sería la prueba, diría, de la eficacia del texto: consistente con un acopio. Imprescindible dimensión intelectual del lenguaje artístico obrando sobre el ímpetu demagogo del recuento. Jacqueline Goldberg, la armadora costurera, sobrevive al ruido de voces y al caos de la narración misma, da con una adjetivación casi neutral, con el momento de tensión de los hablantes. Como documento no falta al canon, consignación de procedencia (países, regiones, ciudades), glosario y fuentes debidamente indicadas, junto a una selección de imágenes orientadoras, hacen de esta obra una pieza sobria, anclada equidistante entre el arte y los murmullos de lo oral queriendo ser monólogo. Con estos testimonios se cierra el tiempo de los recuerdos, para este momento quizás nadie vivía ya. Nos queda el relato expectante del diario de Ana, su modelación del futuro y desde ahí nos habla. ®



CASA DE ANNA FRANK / ANNEFRANK.ORG

Si Ana no hubiera llevado su diario, todo descansaría en el recuerdo del padre, como todo lo demás está en el registro anónimo de los sobrevivientes”



27 DE ENERO >> DÍA INTERNACIONAL DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

La palabra recobrada

En enero de 2024, coincidiendo con el Día Internacional en Memoria de las Víctimas del Holocausto, la editorial Valigie Rosse publicó el libro de poesía documental *Noi, i salvati*, de Jacqueline Goldberg, que contiene voces de supervivientes de la Shoá que hicieron de Venezuela tierra de su renacimiento. Publicada originalmente como *Nosotros, los salvados*, la edición ofrece los textos en español e italiano, traducidos por el académico Flavio Firoani, cuyo epílogo reproducimos

FLAVIO FIORANI

No es fácil cumplir con el “deber” de recordar en tiempos de gastos rituales de la memoria. Especialmente hoy en día cuando, salvo contadas excepciones, rige el silencio del testimonio puesto que ya no es posible la evocación directa de la destrucción de los judíos de Europa.

Hoy, cuando se agranda la distancia respecto de los acontecimientos y el horror de la deportación y el exterminio nazi se ha vuelto materia exclusiva de ficción literaria, ¿qué valor tiene reescribir y remodelar las entrevistas orales con los supervivientes renacidos en Venezuela? Por lo pronto, significa desentrañar el problemático umbral de la transmisión del recuerdo: audaz declinación de la memoria de la Shoá, *Nosotros, los salvados* llega al lector después de una larga serie de rela-

tos en primera persona. Rearticular la palabra de quienes pueden dar testimonio en lugar de los ausentes, y actualizarla, erradica de una vez el estereotipo según el cual no hay palabra que diga lo indecible: valga como ejemplo la extraordinaria calma y potencia de las voces que componen este libro. Sostenida por el convencimiento de que la lengua del recuerdo es una conquista incansante, Jacqueline Goldberg se ha tomado la libertad de cortar, rearmar, reescribir, transponer en poemas la voz de quienes han sido despojados de la condición humana, de quienes fueron reducidos a cosa.

Extraer el núcleo duro y trágico de materiales audiovisuales –uno de los cánones de la memoria de la Shoá– poetizando la palabra de los supervivientes y así darnos otra idea de la “ofensa” sufrida, engarza con la idea de que la escritura tiene la obligación de ir a contrapelo de los con-

sabidos rituales del recuerdo. No de otra manera la palabra se torna una cosa viva, directa, no ritual. Dicha operación trae a la memoria las palabras de Jorge Semprún, que en su *La escritura o la vida* sostiene que la experiencia traumática no es indecible sino, tal vez, invisible, y enfatiza la “densidad” de la rememoración: “Solo alcanzarán esta sustancia, esta densidad transparente, aquellos que sepan convertir su testimonio en un objeto artístico, en un espacio de creación. O de recreación”.

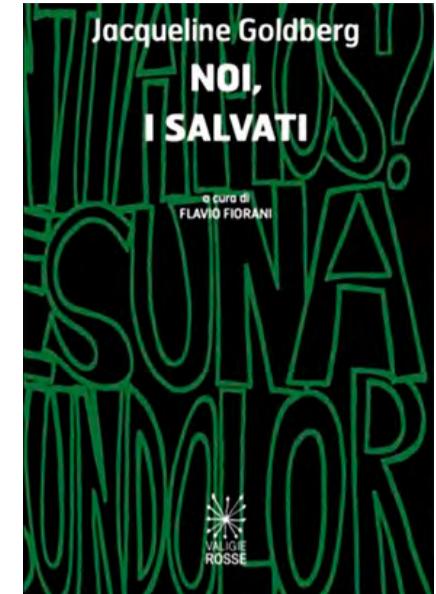
En tiempos de hipermemoria, cuando el evento-testimonio ha reemplazado al acontecimiento real, *Nosotros, los salvados* subvierte la aseveración de que la palabra del superviviente se reduzca al mero recuerdo. Voces concisas que dicen un dolor inolvidable se constituyen como fragmentos de vida en acto y conforman un archivo de lo real, en oposición a los rituales del recordar para no olvidar.

De este modo, la obra de Goldberg se diferencia de la de quienes han poetizado su propia experiencia aun preservando el mismo fundamento. Reescribir y rearmar las voces de los “renacidos” en Venezuela dio lugar a una obra que con su título declara su remisión al último, apócrifa libro de Primo Levi y engarza con la obligación de relativizar el valor absoluto de la memoria. *Nosotros, los salvados* no es solamente un modo de interrogar y reescribir el archivo de la Shoá. Por un lado, es una personal declinación de la confianza de Levi respecto de la literatura y la poesía en tanto formas de conocimiento; por el otro, enfatiza el valor terapéutico de la memoria en tanto mecanismo de selección, con su capacidad de distinguir entre lo que debe ser salvado y lo que debe ser abandonado.

Entre las entrevistas originarias a los supervivientes y la “poesía documental” de Goldberg se produce un cambio de género como de tipología discursiva (del testimonio al poemario). Si gran parte del significado del texto poético se encuentra propiamente en la forma, antes que en el significado de la palabra, el propósito de Goldberg es –preservando el léxico del “salvado”– recobrar, con toda la fuerza de la selección y la disposición estética, la potencia del impulso original. De esta forma, documentar significa mantener el contenido esencial del recuerdo, poniendo entre bastidores la performance audiovisual y la carga emocional de entonaciones, gestos, silencios, miradas. Es así que el poemario trama otra memoria de la Shoá y despeja “el cauce de una escritura avenida de lo esencial, de lo más terrible”.

Con su buscada sencillez, la trama poética interpela el acto mismo de dar testimonio: los supervivientes advierten que sus palabras se sitúan entre los dos polos de lo que permanece y lo que cambia. De ahí la necesidad de un nuevo timbre para su recordar con el verso libre, donde no tienen menor importancia las líneas en blanco como todo lo que la frase no termina de decir. De este modo, Goldberg dice a sus lectores que radica en la lengua y la escritura el desafío de la buena literatura memorial: sus poemas “buscan el registro de una belleza diferente”.

Con su propia libertad, la “poesía documental” se desvincula de todo intento conmemorativo y se instala en el tiempo actual. Fundamentada en la ética, la imaginación poética opera como una imaginación temporal porque los versos no dicen tanto lo indecible de la persecución y del



exterminio, sino que expresan la condición del superviviente “después”. Debido a que el testigo no sabe todo, que se ha detenido en el umbral del abismo y su recuerdo vale por lo que en él falta, el poemario produce una singular declinación del testimonio y de su enunciado explícito: versos y espacios en blanco devienen el lugar de ese *resto* que materializa tanto el deber de transmitir el horror como la laguna de lo int testimoniabile.

Consciente de que la palabra del testigo es fragmentaria y perdida, Goldberg apuesta al valor salvífico del lenguaje humano. *Nosotros, los salvados* interroga el nudo existencial del superviviente llevando la palabra más allá de si misma, porque lo inimaginable que habla en el poemario dilata hasta lo extremo la capacidad de decir. Tejiendo y destejiendo las reviviscencias de hombres y mujeres, la “poesía documental” replantea las relaciones entre archivo, memoria, testimonio, autor. Finalmente, hace que el cuerpo viviente de las remembranzas y la muda elocuencia de los espacios blancos sean el lugar donde se cruzan poesía y salvación. Es así que este libro confiere nuevo valor a una palabra, nítida y fragmentaria, que es fundamento de la rememoración y del conocimiento de la catástrofe. ®

Documentar la poesía de los salvados

“Tras largo tiempo pensando en que aquello que intuitivamente estaba haciendo al transformar los testimonios en poemas podía llamarse poesía documental, hallé que, como siempre, uno jamás descubre el agua tibia. En 1975 el poeta judío neoyorkino Charles Reznikoff –uno de los padres de la poesía objetivista– publicó *Holocausto*, conjunto de poemas surgidos de veintiséis volúmenes que contienen documentación de los juicios a Adolf Eichmann”

JACQUELINE GOLDBERG

No son míos estos poemas. Vienen de voces tomadas, recuperadas, usurpadas. Sus autores huyeron de una masacre, son supervivientes, salvados, testigos, revividos. Soy apenas transcritora, escucha en lo cóncavo de su dolor, su memoria, su decir, su olvido. Si acaso, abrevo los muñones de una fragilidad y propongo una versificación, algunas comas, ciertos espacios.

Los textos provienen de testimonios de supervivientes de la Shoá que aún viven o han vivido en Venezuela. La mayor parte de las entrevistas fueron realizadas entre 1996 y 1998 –unas pocas se hicieron en la década del 2000– por profesionales venezolanos entrenados por la Survivors of the Shoah Visual History Foundation, institución creada y dirigida por el cineasta Steven Spielberg. Entre más de trescientos documentos audiovisuales captados en Venezuela, la Unión Israelita de Caracas solicitó autorización a la fundación estadounidense para publicar dos tomos con setenta testimonios (2004) y más tarde un tercero con cincuenta y cinco (2011), to-

dos bajo el título de *Exilio a la vida*.

Trasladas a cassetes y discos compactos, las voces de los “testigos” –como los denomina el filósofo español Manuel Reyes Mate– aparecidos en los dos primeros libros fueron transcritas por la poeta Eleonora Requena, mientras las del tercero estuvieron bajo la responsabilidad de la socióloga María Clorinda Reina. A mi pantalla llegaron impecables transcripciones, con paréntesis que indicaban susurros, llanto y largos silencios. Confidada en la fidelidad de esas transcripciones, procedí a elaborar un texto narrativo que mostrara cronológicamente la historia de los supervivientes, preservando en lo posible su habla, sus silencios, su compleja sintaxis e incluso los sobresaltos de sus equívocos, que tanto dicen. Mientras me hallaba en el proceso de edición, fui apartando fragmentos que me impresionaron por lo que contaban, pero sobre todo por cómo lo contaban. Casi bastaba separarlos en versos para que fueran poemas. El ritmo, las metáforas, la contundencia de su voz poética les eran propios.

Entre los textos he intercalado otros

de escritores también supervivientes del nazismo –Paul Celan, Nelly Sachs, Primo Levi, otros–, segura de que los escritores salvados clarean, perduran, acompañan.

Los riscos sobrelevados para arribar a este libro hacen repensar un tejido que sustrae finos hilos de la literatura y del periodismo, desde donde el género testimonial se transforma en poesía documental, tendencia bien entendida y abordada por el modernismo norteamericano, pero que en nuestra lengua muestra pocos ejemplos. Por lo pronto, lo que más me interesa de una llamada poesía documental es su libertad de convocar un apelativo preciso para comprender la poesía como fruto de la investigación de una realidad documentada de diversas maneras, para luego copiarla, citarla y editarla hasta convertirla en poema.

Tras largo tiempo pensando en que aquello que intuitivamente estaba haciendo al transformar los testimonios en poemas podía llamarse poesía documental, hallé que, como siempre, uno jamás descubre el agua tibia. En 1975 el poeta judío neoyorkino Charles Reznikoff –uno de los padres de la poesía objetivista– publicó *Holocausto*, conjunto de poemas surgidos de veintiséis volúmenes que contienen documentación de los juicios a Adolf Eichmann, así como de los de Nuremberg. En este libro se hallan presentes las voces de los supervivientes, pero tamizadas por un trabajo metafórico e interpretativo en el que los testimonios están intercalados y adquieren una dimensión social, histórica y ética.

NOSOTROS LOS SALVADOS



poesía objetivista– publicó *Holocausto*, conjunto de poemas surgidos de veintiséis volúmenes que contienen documentación de los juicios a Adolf Eichmann, así como de los de Nuremberg. En este libro se hallan presentes las voces de los supervivientes, pero tamizadas por un trabajo metafórico e interpretativo en el que los testimonios están intercalados y adquieren una dimensión social, histórica y ética.

En España, Calima Ediciones publicó en 2009 *A través del Carmel*, libro de Claudio Zulian que lleva por subtítulo poesía documental, resultado de versificar las declaraciones realizadas por los habitantes del barrio barcelonés del Carmel para el documental que lleva el mismo título del libro. En el 2010 la poeta, socióloga e historiadora mexicana Cristina Rivera Garza dictó en la Universidad del

Claustro de Sor Juana el Taller Intensivo de Poesía Documental. A partir de los testimonios compilados por el periodista Diego Osorno sobre el trágico incendio ocurrido en la Guardería ABC de Hermosillo –en la que murieron 49 niños y 75 quedaron lesionados–, los participantes elaboraron textos con los que Rivera Garza considera elementos propios de la poesía documental: “collage, ruptura, yuxtaposición, discurso público, registro, voces desde abajo, voces subalternas, ciudadano como autor”. Llegando aún más atrás, aunque no apareciera la poesía documental especificada, el libro *Shoah* de Claude Lanzmann (Angria Ediciones, 1991, traducción de la cineasta Fina Torres), lleva a una estructura versificada los testimonios captados en el documental de nueve horas y que en todas las ediciones aparecen en párrafos de estructura claramente narrativa.

Los aún incipientes preceptos de una posible poesía documental están, más allá de lo estético, necesariamente vinculados a una visión política, a la realidad como fuente de poesía, a la historia como cántaro de vocablos y voracidades. Los testimonios de los supervivientes de la Shoá –de la palabra hebrea “masacre”– y, por tanto, los poemas que de ellos he desmembrado, buscan el registro de una belleza diferente, donde a la fuerza desaparecen entrevistador, transcriptor, escritor y autor para despejar el cauce de una escritura venida del desastre, de lo esencial, de lo más terrible. ®

*Texto copiado de la edición de *Nosotros, los salvados*, de Jacqueline Goldberg, publicados por Smashwords Edition, 2013.

MEMORIA >> HIROSHIMA Y NAGASAKI, OCHO DÉCADAS DESPUÉS

Un destello silencioso



BOMBA ATÓMICA DE HIROSHIMA / ARCHIVO

El ensayo que sigue fue publicado originalmente en la revista SIC (Centro Gumilla), el 18 de noviembre de 2025

GERMÁN BRICEÑO COLMENARES

El hombre de ahora no es como Dios deseaba. Ha caído en desgracia a través del pecado.

Wilhelm Kleinsorge

Descansad en paz, pues no se repetirá el error
Inscripción en el cenotafio del monumento a las víctimas de Hiroshima

Todavía recuerdo con nostalgia, al cabo de los años, la tarde que pasé en el paseo marítimo de Nagasaki. Después de haber recorrido las calles de la ciudad, húmedas, pulcras y desoladas por ser festivo, nos dirigimos allí a descansar. El sol tibio del otoño se ponía lentamente entre los árboles dorados, mientras la gente se solazaba sobre un césped inmaculado gozando de la fresca brisa marina: parejas con niños jugando, jóvenes en bicicleta o sencillamente tumbados sobre la hierba verde, ancianos de un aspecto enviable dando un paseo vespertino, gente de todo tipo disfrutando de la vida. Era un cuadro tan perfecto que invitaba a la gratitud y a la contemplación: no hubiera querido estar en otro sitio en ese momento. Parecía el lugar más feliz y apacible del mundo. Y acaso lo fuera en aquel instante. Pero no siempre fue así. No demasiadas décadas atrás, un cálido verano de 1945, ese idílico paraje, rebosante de vida y calma, fue un amasijo de fuego, escombros y ceniza, probablemente el lugar más desolado y triste del planeta.

Hacia finales de 1945 y comienzos de 1946, poco después de aquel fatídico agosto de 1945, hace ahora ochenta años, en que fueron lanzadas las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, John Hersey, corresponsal de guerra de las revistas *Time* y *Life*, que había escrito con lujo de detalles la cruenta batalla de Guadalcanal –en la que tuvo que desempeñarse como camillero dada la abundancia de heridos y la escasez de personal– y el desembarco aliado en las costas de Sicilia –sobreviviendo milagrosamente a cuatro accidentes de avión–, en sendas novelas publicadas en 1943 y 1944, se encontraba en Japón informando para *The New Yorker* sobre la reconstrucción del país, cuando se topó con la historia de un misionero jesuita alemán que había sobrevivido al bombardeo de Hiroshima. El padre Wilhelm Kleinsorge había sido uno de los sobrevivientes después de que *Little Boy*² detonara a 600 metros de altitud sobre el centro de Hiroshima el 6 de agosto de 1945 a las 8:15 de la mañana, y su testimonio estremeció a Hersey hasta tal punto que se puso inmediatamente en contacto con el editor de la revista, William Shawn, sobre la posibilidad de escribir un extenso artículo que narraría la historia del bombardeo a través de las experiencias de los sobrevivientes.

Con el visto bueno de Shawn, Hersey viajó a Hiroshima en mayo de 1946, donde pasó tres semanas entrevistando a numerosos testigos. Centró su relato en seis sobrevivientes que se contaban entre los “afortunados” de Hiroshima, entre ellos dos médicos, un ministro, un sacerdote (el propio padre Kleinsorge), una oficinista y una costurera. Se inspiró en la novela de Thornton Wilder, *El puente de San Luis Rey*, que narra la historia de cinco personas que mueren al derrumbarse un puente, y decidió utilizar una estructura narrativa similar para contar las historias interconectadas de los sobrevivientes de Hiroshima. El exhaustivo reportaje de Hersey, que puso el énfasis en el drama humano del bombardeo –invitando a los lectores a asomarse, con lujo de detalles, exquisita delicadeza y magistral estilo literario, por la ventana del alma humana, con sus luces y sombras–, se publicó completo en un solo número de *The New Yorker* en agosto de 1946, justo un año después de los hechos. Fue la única vez, hasta entonces y desde entonces, que la revista dedicó sus páginas íntegramente a un solo artículo³. Muchos lo consideran el mejor reportaje del siglo XX⁴.

El artículo de Hersey cayó como una bomba en la opinión pública, en la que la narrativa oficial de la necesidad de la bomba para poner fin a la guerra y salvar miles de vidas, y la euforia de la victoria, amenazaban con soslayar los daños y disipar los peligros que una carrera atómica desatada a escala mundial entrañaba para el futuro de la humanidad. El gigantesco hongo, devenido en señal de identidad de las explosiones atómicas, se convirtió en una especie de metáfora sobre las distintas narrativas que aspiraban a contar la historia de los bombardeos nucleares. El hongo visto desde arriba representaba el triunfo de una época bélica y tecnológica que había puesto fin de una vez por todas a la guerra, evitando las decenas de miles de muertos de un potencial conflicto prolongado. El hongo visto desde abajo significaba una apocalíptica escena de muerte y destrucción como el mundo jamás había conocido. Una tragedia humana cuyas secuelas llegan hasta hoy⁵.

Al drama cotidiano y autoinfligido de la guerra, que venía haciendo miserables las vidas de los japoneses desde hacia años, se le sumó la hecatombe de una explosión nuclear. En una ciudad de doscientos cuarenta y cinco mil habitantes, más de cien mil murieron en el acto o sufrieron heridas mortales; otros cien mil resultaron heridas de diversa gravedad. Una de las cosas más impresionantes del suceso según contaban sus protagonistas, es que pocas veces en la historia un evento tan catastrófico había sido precedido por tan escasas señales o advertencias de lo que estaba por venir.

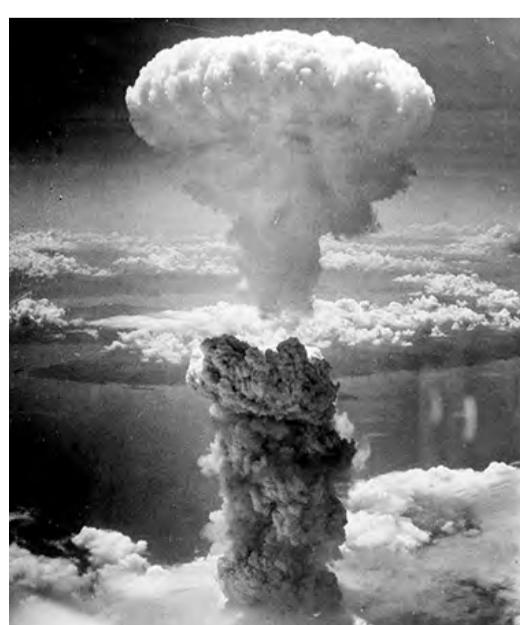
Era una cálida mañana de verano, en la que, como era ya habitual, sonaron las alarmas antiaéreas que buscaban prevenir o al menos anunciar un bombardeo a gran escala que se esperaba en cualquier momento, para el que la población se había ido preparando material y psicológicamente. Pero nada de eso ocurrió. Al no detectar ningún peligro, cesaron las alarmas y se hizo una gran calma solo interrumpida por el vuelo de tres aviones solitarios en el inmenso cielo azul, que no podían ser otra cosa que vuelos de reconocimiento. Muchos ni siquiera escucharon un gran estruendo. Tan

solo fueron deslumbrados por un resplandor terrible y enceguecedor y, fracciones de segundo después, habían muerto o sus vidas habían dado un vuelco infernal. Una bola de fuego de un millón de grados centígrados se formó en el centro de la ciudad, seguida por una onda expansiva que arrasó con todo a su paso. Edificios enteros fueron pulverizados y las personas que estaban cerca del epicentro se evaporaron en el acto. Seis kilómetros cuadrados borrados de la faz de la tierra. Una ciudad activa de un cuarto de millón de habitantes en la mañana había quedado reducida a un montón de cenizas por la tarde. Aquellos que sobrevivieron a la explosión inicial se enfrentaron a un infierno en la tierra: un tsunami de fuego que consumió la ciudad, seguido por una lluvia negra y radiactiva que caía del cielo.

Entre los supervivientes se encontraba otro jesuita que no necesita presentación: el mítico Pedro Arrupe, por aquel entonces maestro de novicios. No sabemos si Hersey llegó a cruzarse con él, pues era materialmente imposible en el marco de su reportaje dar cabida a las voces de todos los supervivientes, pero no resulta improbable que lo haya hecho, dada la relación que entabló con su correligionario el padre Kleinsorge. De hecho, el noviciado del que estaba a

“

Hersey viajó a Hiroshima en mayo de 1946, donde pasó tres semanas entrevistando a numerosos testigos”



BOMBA ATÓMICA DE NAGASAKI / ARCHIVO

cargo el padre Arrupe, sus residentes y su anónimo rector, y en general la labor de la Compañía de Jesús en Japón, figuran como parte destacada de la historia.

Aquel día, Arrupe, en plena celebración de la misa en el noviciado de Nagatsuka, fue arrojado al suelo por un estruendo y una luz infernal. Al levantarse aturdido y asomarse por la ventana, se dio cuenta de inmediato de que aquello no se trataba de un bombardeo más, sino de algo terrible nunca visto. Sin perder tiempo, envió a un grupo de novicios a buscar ayuda y alimentos, mientras él y el resto de la comunidad marchan a la ciudad a rescatar a quien puedan. El noviciado de los jesuitas se convierte en un improvisado hospital de campaña, donde se atiende a más de ciento cincuenta personas, abrasadas por la terrible radiación. Con escasos medios y echando mano de sus antiguos conocimientos de brillante estudiante de medicina, Arrupe y los suyos se las arreglaron para atender a los heridos. Años después, él mismo dejaría constancia de su excepcional testimonio en el libro *Yo viví la bomba atómica*⁶.

Pero volviendo al relato de Hersey, el panorama durante las primeras horas y los primeros días después de la explosión era apocalíptico y desolador. Filas interminables de seres fantasmales, desfigurados y harapientos, deambulando por un desierto de polvo y fuego. Apostándose a las afueras de lo que quedaba de los hospitales y clínicas, en silencio, sin quejas ni lamentos, esperando con resignación ser atendidos por un personal de salud que nunca llegaría, pues la mayoría había muerto. Los pocos que quedaron con vida ponían compresas y emplastos aquí y allá, más por hábito que por convicción. No sería hasta el día siguiente que comenzaría a llegar la ayuda desde fuera de la ciudad. Pero un día era demasiado tiempo para muchos de los heridos graves. Con todo, muchos más habrían muerto aplastados por los escombros o quemados, de no haber sido por la ayuda que casi todo el que estaba en posición de hacerlo se apresuró a prestar usando sus propias manos como herramientas para excavar desesperadamente entre las ruinas buscando supervivientes.

La bomba de Nagasaki, que explotó un 9 de agosto justo sobre aquel lugar en el que pasó una tarde idílica, fue aún más terrible. No tanto por el daño que causó –que de hecho fue algo más leve, a pesar de que la explosión fue más poderosa, gracias a la orografía y al mal tiempo⁷–, sino porque cuando fue arrojada ya se sabía del poder devastador de dichos artefactos: los estadounidenses habían visto la tremenda explosión desde el aire y Truman no se anduvo con rodeos al identificar la bomba como atómica⁸; los japoneses, aunque todavía no sabían exactamente qué tipo de arma era, intuían que se trataba de una nueva bomba de inmenso poder. Fue, según muchos, un daño totalmente innecesario e injustificado. Una reiteración terrible de que los Estados Unidos podían seguir lanzando aquellas bombas sobre Japón indefinidamente hasta obtener la rendición. Hubiera bastado acaso una advertencia de otro tipo para transmitir el mismo mensaje. El 15 de agosto Japón ofreció su capitulación.

Pero como en medio de las circunstancias más terribles brilla la luz divina, fue también en Nagasaki donde ocurrió un pequeño milagro, una prenda del amor maternal de María que nunca abandona a sus hijos sufrientes. Por alguna misteriosa razón –o quizás no tan misteriosa, pues los padres de Hersey habían sido misioneros cristianos en China, donde él mismo nacería–, varios de los personajes que protagonizan su relato son cristianos japoneses, una exigua minoría que sufrió a lo largo de la historia sufrimientos y persecuciones, pero que a la hora de la gran tribulación, supo dar testimonio de solidaridad y entereza.

Tras un período de persecución que culminó a finales del siglo XIX, los católicos japoneses de Nagasaki compraron unas tierras en el distrito del valle de Urakami, donde se habían llevado a cabo interrogatorios *fumi-e*⁹. Allí construyeron la Catedral de Urakami, que se terminó en 1895 y fue consagrada en 1925. Tres años después se erigió un busto de la Virgen María, elaborado en Italia, inspirado en una pintura de Bartolomé Esteban Murillo. Aquel aciago 9 de agosto de 1945, la catedral fue destruida por completo. Por esos días, el monje trapense Kaemon Noguchi se acercó a orar en medio de las ruinas y se encontró con la escultura entre los escombros, sin ojos y con una grieta en el rostro, y decidió llevarla a su monasterio como reliquia. En 1975, Noguchi devolvió la estatua a Nagasaki para ser exhibida en un museo. Más tarde, en 2005, la escultura fue trasladada de nuevo a la reconstruida Catedral de Urakami. Desde entonces se ha convertido en un símbolo de paz. Ha sido visitada por el secretario general de la ONU, llevada a la propia sede de la organización en Nueva York y colocada cerca del altar durante una misa oficializada por el papa Francisco en su viaje apostólico¹⁰.

(Continúa en la página 6)

Un destello silencioso

(Viene de la página 5)

Claro que no se puede olvidar en esta historia que Japón fue el agresor en primera instancia, con su infame y cobarde ataque a Pearl Harbor. El causante de una guerra absurda y precipitada, condenada al fracaso desde su propio inicio. Hay quienes creen que los japoneses merecían lo que les pasó como castigo por su ciega y servil lealtad a los demenciales del emperador y su cúpula militar. Los japoneses, esa gente en apariencia apacible, laboriosa y honorable, habían sido capaces de actuar con una crueldad despiadada hacia sus adversarios y cometer las mayores atrocidades como fuerzas invasoras en nombre de un imperialismo fatuo, llevando la guerra total hasta sus últimas consecuencias, incluso hasta el punto de no querer rendirse aun sabiéndose derrotados. Como se sabe, después de una derrota dolorosa y humillante, tras superar paulatinamente el trauma de la guerra, Japón resurgió de las cenizas, en buena medida por el enorme esfuerzo de reconstrucción promovido por los vencedores, y asumió, al menos así había sido hasta el advenimiento de este nuevo *tempus belli*, el compromiso solemne de no poseer, producir ni permitir la introducción de armas atómicas en su territorio.

En los años transcurridos desde el bombardeo, no han cesado los debates y las críticas sobre el uso de la bomba atómica: "¿Acaso no tiene como consecuencia un mal material y espiritual que por mucho excede cualquier bien que se logre?", se cuestionaba el padre Siemes, otro de los jesuitas sobrevivientes de Nagatsuka, en una carta dirigida a la Santa Sede. Las consecuencias de las bombas no terminaron con la rendición de Japón. Los supervivientes, conocidos como *hibakusha*¹¹, sufrieron (y muchos siguen sufriendo) enfermedades a largo plazo causadas por la radiación, como cánceres, leucemia y otras dolencias, además de penurias, estigmas, olvido y abandono. El artículo de Hersey fue un detonante particularmente influyente, ofreciendo una visión de primera mano de los efectos devastadores de la bomba (el cuartel general de MacArthur había censurado toda mención de la bomba en las publicaciones científicas japonesas y desplegado un enorme sistema policial para evitar filtraciones de material sensible), poniéndole rostro humano a la tragedia.

En 1955, durante la emisión del programa de televisión *This Is Your Life*, en el que se repasaba la trayectoria de Kiyoshi Tanimoto, superviviente de la bomba y uno de los protagonistas del relato de Hersey, se encontraba presente Robert Lewis¹², el copiloto del Enola Gay, quién recordó que mientras aquel B-29 sobrevolaba la zona para evaluar los daños, anotó en el diario de a bordo una frase demoledora: "Dios mío, ¿qué hemos hecho?". Koko, la hija menor de Tanimoto que había nacido junto con la bomba y tenía diez años en el momento de la entrevista, aseguraba tiempo después que en ese momento vio el arrepentimiento en sus ojos: "Siempre había pensado que era un monstruo, pero en ningún cuento los monstruos lloran... Ahí me di cuenta de que era un ser humano, como yo". Al final del programa buscó colocarse lo más cerca posible de Lewis, para poder tocarlo. "Él me agarró la mano con mucha fuerza y entonces entendí que no debía odiarlo a él, sino a la guerra en sí misma..."¹³. El propio Robert Oppenheimer, jefe científico del Proyecto Manhattan para el desarrollo de la bomba, cuya reciente película biográfica volvió a poner al asunto sobre el tapete, se mostró arrepentido, sintiendo que tenía las "manos manchadas de sangre", y se convirtió en un firme defensor del control internacional de las armas nucleares, oponiéndose al desarrollo de la bomba de hidrógeno, lo que le costó su puesto en el gobierno estadounidense y la desafección de muchos de sus colegas.

Hemos aquí ochenta años después. Casi todos los *hibakusha* han muerto, pero nos quedan sus desgarradores testimonios y la sensación de que el mundo no parece haber aprendido nada. La carrera armamentística solo se ralentizó cuando se llegó a la conclusión de que el arsenal nuclear existente era suficiente para destruir al mundo varias veces. Nada resulta más inhumano que la frase que resume toda la estrategia detrás de la carrera nuclear: destrucción mutua asegurada. Es como si la humanidad se hubiera puesto a sí misma perpetuamente debajo de una espada de Damocles y hubiera cambiado de un plumazo la paz y la fraternidad que deberían imperar en el mundo por la zozobra y el miedo.

La guerra es siempre un horror, pero la guerra en la que la completa aniquilación del adversario depende de la voluntad de un solo hombre es un despropósito. A partir de la invención de la bomba atómica, y de su uso militar, ese ha sido el incierto destino del mundo: depender del humor de un hombre que tiene a

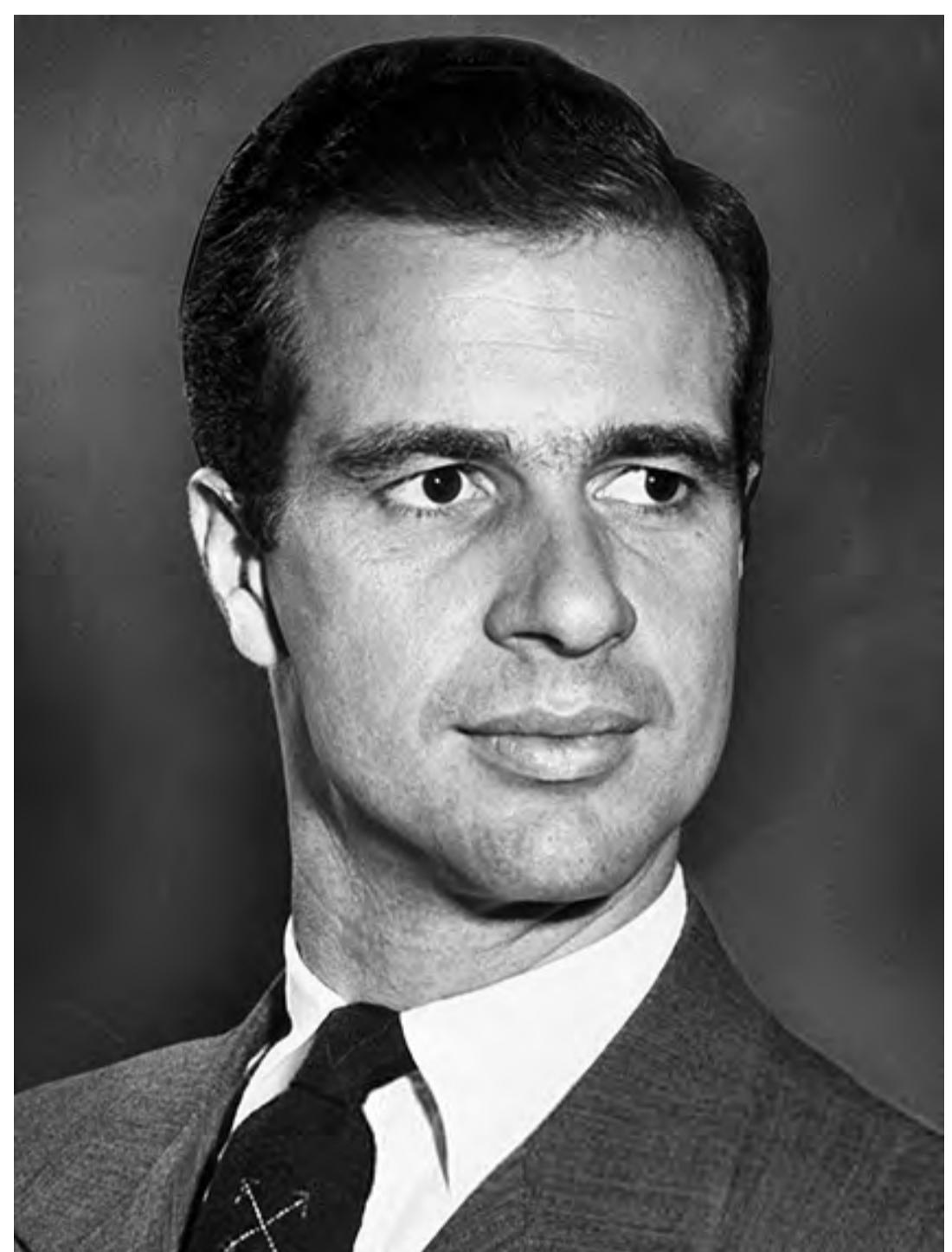
su alcance un botón para destruirlo todo. Desde el advenimiento de la bomba, la humanidad –o más bien unos pocos líderes y gerifaltes– ha tenido en sus manos la macabra llave de su propia destrucción.

La Iglesia católica ha condenado desde el primer momento, de manera contundente y reiterada, el uso y la posesión de armas atómicas, considerándolas inmorales, y casi todos los papas desde entonces han tenido algo que decir al respecto. Pío XII, que fue testigo directo de su uso, calificó la bomba como "el arma más terrible que la mente humana haya concebido". Juan Pablo II, el primer pontífice en visitar Hiroshima en 1981 hizo un poderoso llamamiento por la abolición de las armas nucleares y la paz. Francisco fue todavía más allá, declarando al regreso de su viaje apostólico a Japón en 2019 que no solo el uso, sino también la posesión de armas nucleares con fines de disuasión es inmoral, y su utilización un crimen contra la humanidad, y pidió que la condena de estas se incluyera en el catecismo de la Iglesia¹⁴.

La historia de estas dos ciudades es un testimonio de la capacidad humana para la destrucción, pero también de la resiliencia del espíritu humano. De las cenizas de la guerra, Hiroshima y Nagasaki se han reconstruido y se han convertido en poderosos símbolos de paz y en un llamado a la abolición de las armas nucleares. Ojalá que se cumpliera el deseo expresado hace unos días por Shiro Suzuki, alcalde de Nagasaki, en el acto para conmemorar el 80 aniversario de la caída de la bomba, de que su ciudad sea la última ciudad en la historia que sufrió un bombardeo atómico¹⁵. Tantas veces ocurre con los seres humanos, como sucedía con el mítico anillo de Tolkien, que no somos capaces de resistir el vil deseo de aquello que acabará por ser nuestra perdición.

Después de la guerra, Hersey compaginó su faceta de escritor de éxito con las de profesor de Yale y activista del pacifismo y los derechos civiles. En 1985 regresó al lugar de los acontecimientos y escribió *Hiroshima: The Aftermath*, una continuación de su relato original cuarenta años después, en el que quiso saber qué había sido de sus seis protagonistas al cabo de los años, cuyas vidas habían dado en algunos casos giros dramáticos, sorprendentes, conmovedores. *The New Yorker* publicó la secuela en su número del 15 de julio de 1985, esta vez junto con otros autores. La secuela se añadió posteriormente a una edición revisada del libro. "Lo que ha mantenido al mundo a salvo de la bomba desde 1945 no ha sido tanto la disuasión, en el sentido del miedo a armas específicas, sino la memoria", escribió Hersey. "La memoria de lo que ocurrió en Hiroshima". John Hersey murió a los 78 años, el 24 de marzo de 1993, a causa de un cáncer, en su casa de Cayo Hueso¹⁶.

En cuanto al padre Kleinsorge, cuentan que tras la bomba de Hiroshima continuó sufriendo, como miles de *hibakushas*, las secuelas de la ra-



JOHN HERSEY (1960) / BETTMANN ARCHIVE – DOMINIO PÚBLICO

diotoxemia, experimentando debilidad y requiriendo frecuentes hospitalizaciones. A pesar de sus llagas, en los días posteriores al bombardeo, se dedicó a asistir a los heridos y a los moribundos, a consolar, aconsejar y dar apoyo espiritual a quienes lo requerían. Y allí donde encontró el sufrimiento encontraría también su propio destino: algún tiempo después, se nacionalizó japonés, cambió su nombre por el de Makoto Takakura y hizo suyo el espíritu nipón del *erryo*: olvidarse de sí mismo, poner a los demás en primer lugar. Siguió cumpliendo diversas tareas eclesiásticas en su nueva patria y ejerciendo su ministerio sacerdotal hasta retirarse a una diminuta iglesia de la zona de Mukaihara, llevando hasta el final una existencia modesta, discreta y llena de entrega y sacrificio. Aquejado de un agudo cuadro febril, un mes después de la explosión, un doctor tokiota le había dado dos semanas de vida. Lo cierto es que, a pesar de sus múltiples dolencias, falleció más de tres décadas después, el 19 de noviembre de 1977 a los 71 años, tras entrar en coma, acompañado de un doctor, un sacerdote y su fiel asistente de los últimos años. Su tumba se encuentra en medio de un apacible pinar, en la cima de una colina sobre el Noviciado de Nagatsuka, a unos seis kilómetros del epicentro de la explosión. Dicen que nunca falta sobre ella un ramo de flores frescas.

Al inicio del Proyecto Manhattan, los científicos desarrollaban una bomba larga y delgada de tipo cañón alimentada con plutonio. Este diseño recibió el apodo de "Thin Man" en honor al personaje homónimo de la novela y la serie de películas de Dashiell Hammett.

Las dificultades técnicas con el diseño de plutonio llevaron al abandono del proyecto "Thin Man". Sin embargo, el equipo continuó trabajando en una bomba de tipo cañón similar, pero más pequeña y compacta, basada en uranio.

La nueva bomba de uranio era mucho más corta y compacta que el diseño original de "Thin Man". Se dice que el apodo de "Little Boy" se eligió como alusión humorística al diseño, ahora abandonado, de "Thin Man", ya que la nueva bomba era esencialmente una versión más pequeña de ese diseño.

La bomba de Nagasaki, un arma de implosión de plutonio más grande y redonda recibió el apodo de "Fat Man", en honor al personaje Kasper Gutman de la misma novela de Dashiell Hammett. ¹⁷

Referencias

- 1 Into the Valley: Marines at Guadalcanal (1943); A Bell for Adano (1944).
- 2 Se dice que el nombre en clave "Little Boy" para la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima proviene de su diseño y de un proyecto anterior.
- 3 Hiroshima | The New Yorker <https://share.google/4H2hlawosNnyMwvHc>
- 4 Journalism's Greatest Hits: Two Lists of a Century's Top Stories <https://www.nytimes.com/1999/03/01/business/media-journalism-s-greatest-hits-two-lists-of-a-century-s-top-stories.html?smid=url-share>
- 5 Las imágenes de Hiroshima que el mundo no pudo ver <https://elpais.com/cultura/2025-08-06/las-imagenes-de-hiroshima-que-el-mundo-no-pudo-ver.html>
- 6 Pedro Arrupe – Wikipedia <https://share.google/prXAlq6txCNKazuls>
- 7 Nagasaki, víctima olvidada del horror https://elpais.com/internacional/2015/08/10/actualidad/1439158023_587177.html
- 8 Truman se refirió al poder de la bomba con crudeza, enfatizando su capacidad destructiva. Dijo: "Esa bomba tenía más potencia que 20.000 toneladas de TNT. Tenía más de dos mil veces la potencia explosiva de la bomba británica 'Grand Slam', la bomba más grande jamás utilizada en la historia de la guerra". También la describió como "un aprovechamiento del poder fundamental del universo" y advirtió que Estados Unidos estaba "preparado para destruir más rápida y completamente cualquier empresa productiva que los japoneses tuvieran en la superficie, en cualquier ciudad".
- 9 Comunicado de prensa del presidente Harry S. Truman del 6 de agosto de 1945, en el que anuncia el uso de la bomba atómica sobre Hiroshima.
- 10 Atom-bombed Mary https://en.wikipedia.org/wiki/Atom-bombed_Mary
- 11 Cuenta el propio Hersey que: "Al referirse a quienes pasaron por la experiencia de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, los japoneses tendían a evitar el término 'supervivientes', porque concentrarse demasiado en el hecho de estar con vida podía sugerir una ofensa a los sagrados muertos. La clase de personas a la que pertenecía Nakamura-san viña a ser conocida con un nombre más neutral, 'hibakusha': literalmente, 'personas afectadas por una explosión'."
- 12 Posteriormente Lewis sería llamado por el Pentágono para propinarle una buena reprimenda.
- 13 Koko Kondo, la superviviente de la bomba atómica de Hiroshima que convirtió el dolor en un mensaje de paz <https://elpais.com/internacional/2025-08-13/koko-kondo-la-superviviente-de-la-bomba-atomica-de-hiroshima-que-convirtio-el-dolor-en-un-mensaje-de-paz.html>
- 14 Los Papas y la amenaza atómica, los llamamientos a la conciencia del mundo – Vatican News <https://share.google/HbGZmzYISroFRc48u>
- 15 Nagasaki advierte del riesgo creciente de una guerra nuclear 80 años después de su bombardeo <https://elpais.com/internacional/2025-08-09/nagasaki-advierte-del-riesgo-creciente-de-una-guerra-nuclear-80-anos-despues-de-su-bombardeo.html>
- 16 John Hersey – Wikipedia <https://share.google/xSAW6JkYFF4klfmu5>



ENSAYO >> POR LOS LABERINTOS DEL CEREBRO HUMANO

El cerebro y el arte de leer y escribir

"A diferencia de la adquisición del lenguaje, que se desarrolla naturalmente a través de la exposición en la primera infancia, la lectura es una habilidad cognitiva compleja que debe enseñarse explícitamente. Requiere integrar procesos visuales, auditivos y lingüísticos para decodificar símbolos tanto en su aspecto sonoro como en su significado"

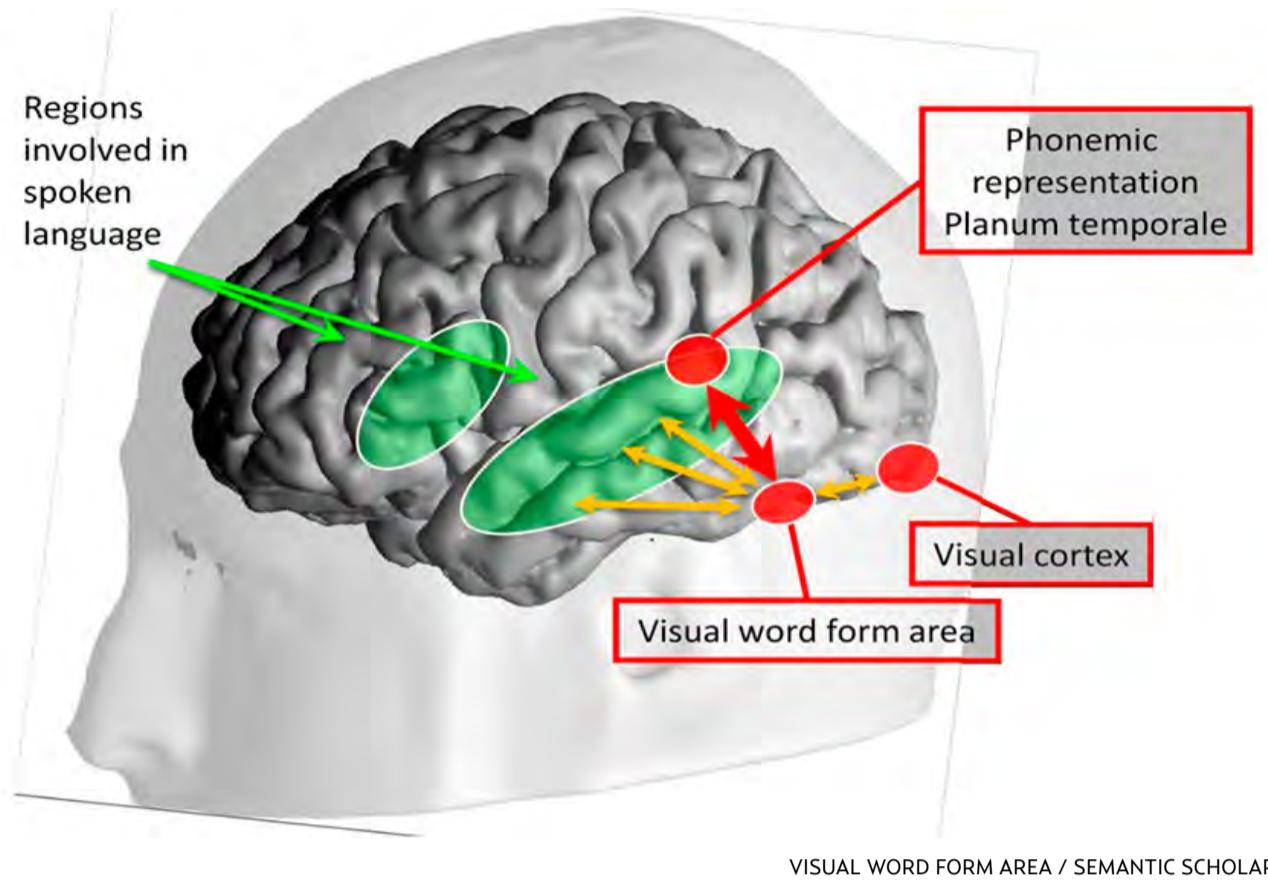
MIGUEL ÁNGEL ESCOTET

La lectura es una piedra angular de la civilización humana y del desarrollo cognitivo, pero es una invención cultural relativamente reciente, demasiado nueva como para que la evolución la haya integrado. En este artículo exploramos, de forma sintética y divulgativa, pero estrictamente basada en los resultados de las investigaciones, la neurociencia de la lectura y la escritura a mano, y detallamos cómo el cerebro humano, producto de la evolución biológica, adapta su arquitectura neuronal existente para adquirir esta habilidad transmitida culturalmente. Examinamos la hipótesis del reciclaje neuronal, que postula que las regiones del cerebro originalmente dedicadas al reconocimiento de objetos y rostros son cooptadas para el reconocimiento de letras y palabras. También describimos los circuitos neuronales y los diversos procesos implicados en el acto de leer. Comprender el cerebro lector no solo ilumina una capacidad humana fundamental, sino que también ofrece un marco poderoso para abordar los desafíos de la alfabetización y desterrar de la humanidad una de las mayores desigualdades en el acceso al conocimiento.

Al mismo tiempo, analizamos la escritura a mano y dejamos ver que no es una mera tarea motora, sino un sofisticado ejercicio cognitivo que orquesta una sinfonía de actividades cerebrales. Forja poderosas conexiones entre la acción motora, el procesamiento visual y la comprensión del lenguaje.

El cerebro lector: un modelo neuronal para una invención cultural

A diferencia de la adquisición del lenguaje, que se desarrolla naturalmente a través de la exposición en la primera infancia, la lectura es una habilidad cognitiva compleja que debe enseñarse explícitamente. Requiere integrar procesos visuales, auditivos y lingüísticos para decodificar símbolos tanto en su aspecto sonoro como en su significado. La cuestión central en la neurociencia de la lectura es cómo un cerebro que evolucionó durante milenios para resolver problemas de supervivencia en un mundo natural puede aprender con tanta facilidad a procesar un sistema simbólico creado por el ser humano. La respuesta radica en la notable plasticidad del cerebro y en su capacidad para reutilizar redes neuronales pre-existentes. Aquí intentamos sintetizar los hallazgos clave de los estudios de neuroimagen (fMRI, EEG, MEG) para construir un modelo del cerebro alfabetizado, que rastree la trayectoria de una



palabra escrita desde la retina hasta la comprensión.

La arquitectura neuronal de la lectura

Para la mayoría de las personas alfabetizadas, la lectura involucra una red distribuida de regiones cerebrales, principalmente en el hemisferio izquierdo. Esta red puede conceptualizarse como una serie de centros que interactúan, cada uno de los cuales es responsable de un subproceso distinto. El área de formularios de palabras visuales, o área visual de forma de palabras (VWFA), es una piedra angular de la red de lectura, ubicada en el surco occipitotemporal izquierdo, en el giro fusiforme izquierdo. Esta región no es innata; se especializa en reconocer cadenas de letras y palabras mediante la adquisición de la alfabetización (Dehaene y Cohen, 2011). La hipótesis del reciclaje neuronal sugiere que el VWFA se localiza en una parte del flujo visual ventral predisposta a reconocer estímulos visuales invariables en cuanto a tamaño, fuente o contexto, como objetos y caras. A través del aprendizaje, estas neuronas se sintonizan con configuraciones específicas de letras y palabras.

El VWFA actúa como un procesador eficiente, identificando una palabra como una unidad completa en lugar de ensamblarla laboriosamente a partir de letras individuales. Es responsable del procesamiento ortográfico, el reconocimiento visual de la forma de la palabra y luego distribuye esta información a otras regiones del cerebro para su análisis posterior. Una vez que se identifica visualmente una palabra, el cerebro utiliza al menos dos vías principales para acceder a su pronunciación y significado, un modelo que a menudo se denomina ruta dual.

La ruta fonológica (vía dorsal): conecta las áreas visuales con los centros del lenguaje implicados en la expresión oral. Se trata de convertir grafemas (letras) en sus respectivos fonemas (sonidos). Las estructuras clave incluyen: giros angulares y supramarginales; estas regiones del lóbulo parietal son cruciales para vincular las formas visuales de las palabras con sus representaciones auditivas y participan en el ensamblaje fonológico. A su vez, el área de Broca (circunvolución frontal inferior) está asociada con la articulación y el procesamiento fonológico, contribuyendo a ensamblar los planes motores del habla, incluso durante la lectura en silencio.

La ruta léxica (vía ventral): facilita el acceso directo al significado de una palabra. Permite a los lectores expertos reconocer palabras familiares al instante sin necesidad de "pronunciarlas". Esta ruta depende en gran medida de la propia VWFA para un reconocimiento rápido de la forma de las palabras y las circunvoluciones temporales media y superior. Estas regiones, incluida la región de Wernicke, son centros ventrales del procesamiento semántico: la

comprensión del significado. Integran la palabra con sus conceptos asociados, el contexto y los conocimientos almacenados en la memoria.

En un lector competente, estas rutas operan en paralelo y de forma interactiva. La ruta léxica utiliza palabras familiares para una comprensión rápida y la ruta fonológica actúa como respaldo para palabras nuevas o de baja frecuencia.

El desarrollo y la plasticidad del cerebro lector

La alfabetización remodela físicamente el cerebro. En un niño prealfabetizado, la región VWFA responde de manera similar tanto a las letras como a otros objetos visuales. A medida que comienza la instrucción de lectura, esta región se vuelve cada vez más selectiva para el texto, mientras que las respuestas a otros estímulos visuales en la misma área disminuyen: un proceso de competencia y especialización (Dehaene, 2009).

Los estudios longitudinales muestran que la red de lectura se vuelve más ágil y eficiente con la experiencia. Inicialmente, la lectura depende en gran medida de la ruta fonológica esforzada o del sondeo, lo que involucra ampliamente el área de Broca. Con la práctica, la actividad se orienta hacia la ruta ventral, lo que permite una lectura más rápida y fluida. Este cambio de una decodificación esforzada a una lectura automática de palabras reconocibles a la vista es un sello distintivo de la alfabetización calificada y libera recursos cognitivos para la comprensión de un orden superior.

Implicaciones para la educación y las discapacidades de lectura

La discapacidad lectora más común, la dislexia, ahora se entiende como una condición neurobiológica. Los estudios de neuroimagen han revelado de manera consistente una alteración de la red de lectura del hemisferio izquierdo, a menudo caracterizada por una actividad insuficiente del VWFA y de las áreas de procesamiento fonológico en los lóbulos temporal y parietal (Shaywitz y Shaywitz, 2005). Esta firma neuronal de la dislexia proporciona una base biológica de los déficits fonológicos centrales que experimentan las personas con dislexia, incluida la dificultad para asignar letras a sonidos. Esta comprensión neurocientífica tiene profundas implicaciones para la educación. He aquí tres de ellas:

Intervención temprana: identificar a los niños en riesgo de presentar dificultades de lectura es fundamental, ya que el cerebro joven es altamente plástico.

Instrucción de alfabetización estructurada: la instrucción de lectura basada en evidencia que enseña explícitamente la conciencia fonémica, la fonética, la fluidez, el vocabulario y la comprensión se alinea con la forma en que el cerebro aprende a leer. Construye sistemáticamente los cir-

cuitos neuronales necesarios tanto para la ruta fonológica como para la léxica.

Remediación dirigida: se ha demostrado que las intervenciones para la dislexia centradas en el entrenamiento fonético intensivo inducen cambios neuroplásticos, lo que se traduce en una mayor activación de la red de lectura del hemisferio izquierdo y demuestra que el cerebro puede reconfigurarse con el tipo adecuado de instrucción.

En síntesis, el acto de leer, una tarea aparentemente cotidiana y sencilla, está respaldado por una sinfonía neuronal notablemente compleja y distribuida. El cerebro no posee un módulo de lectura; en cambio, recicla ingeniosamente sus circuitos evolucionados de procesamiento visual y lingüístico para adaptarse a esta herramienta cultural. La especialización del área visual de forma de palabras (VWFA) y la interacción entre las vías dorsales y ventrales ilustran la profunda capacidad de adaptación del cerebro. Al mapear el cerebro lector, la neurociencia no solo desmitifica una habilidad humana fundamental, sino que también proporciona una base empírica para mejorar la instrucción en alfabetización y apoyar a quienes padecen trastornos de lectura. La historia del cerebro lector es, en última instancia, una historia de ingenio humano, tanto en la creación de sistemas de escritura como en la capacidad dinámica del cerebro para aprenderlos.

Leer no solo es un placer para el desarrollo estético y emocional, sino, muy especialmente, uno de los hábitos más importantes para el desarrollo cognitivo. La lectura, entre otros.

- Estimula los procesos cognitivos.
- Fortalece la comprensión.
- Amplía el vocabulario.
- Mejora la concentración
- Desarrolla la memoria
- Ayuda a la empatía
- Reduce el estrés
- Estimula la imaginación y la creatividad.
- Potencia las habilidades mentales primarias.
- Desarrolla el pensamiento crítico.
- Acompaña en la soledad y mucho más...

En definitiva, hemos intentado, de forma divulgativa, describir los circuitos neuronales clave implicados en la lectura, centrándonos en la red del hemisferio izquierdo, incluida la región de formación de palabras visuales (VWFA), y en sus funciones en el procesamiento ortográfico, fonológico y semántico. Además, iniciamos la trayectoria de desarrollo del cerebro lector, los correlatos neuronales de las dificultades de lectura, como la dislexia, y las implicaciones de esta investigación para las prácticas educativas. Comprender el cerebro lector no solo ilumina una capacidad humana fundamental, si no que también ofrece un marco poderoso para abordar los desafíos de la alfabetización.

La sinfonía cognitiva: cómo el cerebro organiza el simple acto de escribir a mano

En una era dominada por teclados y pantallas táctiles, el acto de escribir a mano puede parecer una habilidad motora sencilla, casi arcaica. Sin embargo, la investigación neurocientífica revela que la escritura a mano es un proceso cognitivo notablemente complejo que involucra una amplia red de regiones cerebrales en una "sinfonía" coordinada. Es mucho más que simplemente mover un lápiz o una pluma; es un acto neurológico sofisticado que integra el control motor, la memoria y el lenguaje, con profundas implicaciones para el aprendizaje y el desarrollo cognitivo. El proceso de escribir a mano implica la integración perfecta de varios sistemas cerebrales. Al menos, seis:

1. Las regiones ubicadas en el lóbulo frontal, la corteza motora y la premotora, son las conductoras del movimiento. La corteza motora primaria envía señales a lo largo de la médula espinal hasta los músculos de la mano y los dedos, controlando los agarres y movimientos precisos necesarios para formar letras. La corteza premotora planifica estos movimientos antes de ejecutarlos.
2. El área motora suplementaria (SMA) es crucial para iniciar y coordinar movimientos secuenciales complejos, exactamente lo que se requiere para escribir una palabra. Ayuda a planificar el orden de los trazos que componen cada letra.
3. Los ganglios basales y el cerebro son estructuras subcorticales que actúan como afinadores. Los ganglios basales ayudan a automatizar las habilidades motoras aprendidas, lo que permite una escritura fluida sin esfuerzo consciente en cada trazo. El cerebro es esencial para la coordinación motora y la sincronización, asegurando que los movimientos sean suaves y precisos.

4. El lóbulo parietal: esta área es fundamental para el procesamiento visual-spatial. Ayuda a mapear la ubicación espacial de la mano en la página y guía la formación de las letras, asegurando que tengan la forma, el tamaño y la alineación correctos.

5. La red del lenguaje, áreas de Broca y Wernicke, está ubicada principalmente en el hemisferio izquierdo en la mayoría de las personas diestras; el área de Broca está involucrada en la producción y la sintaxis del lenguaje, mientras que el área de Wernicke es central para la comprensión. Tal como he indicado previamente en relación con la lectura, estas regiones generan el contenido lingüístico –las palabras y oraciones– que el sistema motor transcribirá.

6. La corteza visual y el área de Exner indican que el lóbulo occipital procesa la retroalimentación visual sobre lo que se está escribiendo. Se cree que una región específicamente implicada en la escritura a mano, conocida como área de Exner, ubicada en el lóbulo frontal izquierdo, cerca de la corteza motora, es un centro crucial que convierte las representaciones abstractas de las letras en programas motores específicos para la escritura.

Escritura a mano versus mecanográfica: una distinción neurológica

La investigación moderna destaca una diferencia crítica en la actividad cerebral entre escribir a mano y mecanografiar. Escribir, si bien es eficiente, implica patrones motores más uniformes y repetitivos, como presionar teclas. La escritura a mano, por el contrario, requiere un plan motor único para cada letra, lo que exige una participación neuronal mucho mayor.

Los estudios de resonancia magnética funcional (fMRI), como los realizados por la Dra. Virginia Berninger de la Universidad de Washington, han demostrado que escribir a mano activa estas extensas redes neuronales con mayor solidez que mecanografiar. Esta mayor activación está relacionada con un aprendizaje más profundo y la codificación de la memoria.

(Continúa en la página 8)

El cerebro y el arte de leer y escribir

(Viene de la página 7)

Los beneficios cognitivos y las implicaciones clínicas

Las demandas neuronales únicas de la escritura a mano se traducen en beneficios tangibles:

a) Aprendizaje y memoria mejorados. El proceso más lento y laborioso de formar letras a mano fortalece los rastros de la memoria. Este "aprendizaje cínicista" ayuda a los niños a aprender las letras de manera más efectiva y a retener y comprender mejor la información escrita.

b) Desarrollo cognitivo. Se cree que la escritura a mano apoya las habilidades de lectura al reforzar el reconocimiento visual de las letras. También involucra funciones ejecutivas como la planificación, la atención y la memoria de trabajo.

c) Conocimientos clínicos. La descomposición de la escritura puede ser una herramienta diagnóstica clave. Condiciones como la disgrafía (una discapacidad de aprendizaje que afecta la capacidad de escribir) y la agraphia (la pérdida de la capacidad de escribir debido a una lesión cerebral, como un derrame cerebral) brindan una ventana a los circuitos neuronales específicos implicados. Los distintos patrones de deterioro ayudan a los neurólogos a localizar las lesiones cerebrales.

d) Micrografía. La enfermedad de Parkinson a menudo se traduce en una anomalía de la escritura llamada micrografía, caracterizada por letras pequeñas, apretadas y, generalmente, temblorosas. Este importante síntoma motor temprano se debe a una disminución de los niveles de dopamina, lo que afecta negativamente el control motor fino. Para gestionar eficazmente la micrografía, las personas pueden emplear estrategias específicas y herramientas de apoyo, como el uso de bolígrafos más gruesos y soportes de papel antideslizantes, u optar por el dictado por voz. Es fundamental reducir conscientemente la velocidad de escritura y concentrarse en escribir letras más grandes para mejorar el agarre y la legibilidad. La implementación de estas estrategias es crucial para me-

jorar la calidad de la escritura y mantener la independencia.

La escritura a mano debe reforzarse, nunca eliminarse, y no es incompatible con las nuevas habilidades digitales

A continuación, describo los siguientes puntos, basados en investigaciones publicadas, lo cual no implica que estén presentes en investigaciones actuales o futuras. Estos son:

• Lo que importa no es solo lo que escribimos, sino cómo lo escribimos, especialmente sin dejar que otros lo hagan por nosotros, como la IA.

• La escritura a mano involucra varias áreas del cerebro. La corteza motora primaria del lóbulo frontal controla los movimientos voluntarios y envía señales a los músculos para iniciar y coordinar la escritura.

• Otras regiones, como la corteza premotora, el área motora suplementaria y los ganglios basales, contribuyen a planificar, ejecutar y coordinar las habilidades motoras.

• Los estudios sugieren que escribir a mano mejora la memoria, la comprensión, el pensamiento creativo y el aprendizaje, en parte porque la retroalimentación táctil del lápiz sobre el papel favorece la comprensión y la retención.

• Los vínculos entre la escritura a mano y el desarrollo educativo más amplio son profundos.

• Los niños no solo aprenden a leer más rápidamente cuando aprenden a escribir a mano por primera vez, sino que también siguen siendo más capaces de generar ideas y retener información.

• Cuando los niños compusieron textos a mano, no solo produjeron más palabras de forma más consistente y más rápidamente que con un teclado, sino que también expresaron más ideas.

• Para los adultos, escribir a máquina puede ser una alternativa rápida y eficiente a la escritura a mano, pero esa misma eficiencia puede disminuir nuestra capacidad para procesar nueva información.

• Se ha documentado que, tanto en entornos de laboratorio como en aulas

del mundo real, los estudiantes aprenden mejor cuando toman notas a mano que al escribir en un teclado.

• Varias investigaciones muestran que los estudiantes que tomaron las notas en ordenadores o computadoras portátiles obtuvieron peores resultados en preguntas conceptuales que quienes las tomaron a mano.

• Está demostrado que, si bien tomar más notas puede ser beneficioso, la tendencia de quienes toman notas en ordenadores o tabletas para transcribir las conferencias palabra por palabra, en lugar de procesar y reformular la información con sus propias palabras, resulta perjudicial para el aprendizaje.

• Una reciente investigación sugiere que escribir a mano permite a los estudiantes procesar el contenido de una conferencia y replantearlo, un proceso de reflexión y manipulación que puede conducir a una mejor comprensión y codificación de la memoria, además de facilitar el pensamiento crítico.

• Las investigaciones muestran un fuerte vínculo entre la escritura a mano y los procesos cognitivos.

• Necesariamente, el uso de uno y otro sistema de escritura no interfiere en los procesos de aprendizaje, pero no necesariamente uno a expensas del otro; prevalece la escritura a mano sobre la teclada.

En una era digital, comprender los profundos fundamentos neurológicos de la escritura a mano subraya su valor duradero. No es solo una herramienta de comunicación, sino un proceso fundamental que da forma al propio cerebro, fomentando el aprendizaje, la memoria y la fortaleza cognitiva, de manera que la mecanografía aún no ha replicado.

*Miguel Ángel Escotet es profesor emérito del Sistema de la Universidad de Texas y Rector de la UIE. El presente ensayo forma parte de *Buscando a Ítaca. Ensayos y cavilaciones al filo de mi existencia*, libro de próxima publicación.

Referencias

AP Stockholm (2023). "Switching off: Sweden says back-to-basics schooling

Abecedario							
A	a	B	b	C	c	D	d
A	a	B	b	C	c	D	d
E	e	F	f	G	g	H	h
E	e	F	f	G	g	H	h
I	i	J	j	K	k	L	l
I	i	J	j	K	k	L	l
L	l	M	m	N	n	N	n
L	l	M	m	N	n	N	n
O	o	P	p	Q	q	R	r
O	o	P	p	Q	q	R	r
S	s	T	t	U	u	V	v
S	s	T	t	U	u	V	v
W	w	X	x	Y	y	Z	z
W	w	X	x	Y	y	Z	z

ABECEDARIO ESPAÑOL / ARCHIVO

works on paper". *The Guardian*, 11 Sept.

Benko, A., Cirigliano, G., Escotet, M.A. et al. (1978). *Técnicas de Lectura*. Editorial de la Universidad Nacional Abierta.

Berninger, V. W. (2009). *Brain research and writing: Implications for the writing process*. Elsevier.

Dehaene, S. (2009). *Reading in the Brain: The Science and Evolution of a Human Invention*. Penguin Books.

Dehaene, S., & Cohen, L. (2011). "The unique role of the visual word form area in reading". *Trends in Cognitive Sciences*, 15(6), 254–262.

Escotet, M.A. (2025). "The Brain on Handwriting". LinkedIn, November. Retrieved at <https://lnkd.in/ddHYSQi7>.

Escotet, M.A. (2023). "The optimistic future of artificial intelligence in higher education". *Prospects (UNESCO)*, Springer, Switzerland, July. doi.org/10.1007/s11125-023-

Escotet, M.A. (1971). *Psicología del*

aprendizaje. Cumaná: Editorial de la Universidad de Oriente.

James, K. H., & Engelhardt, L. (2012). "The effects of handwriting experience on functional brain development in pre-literate children". *Trends in Neuroscience and Education*.

Longcamp, M., et al. (2008). "Learning through hand or typewriting influences visual recognition of new graphic shapes". *Journal of Cognitive Neuroscience*.

Marano G et al. "The Neuroscience Behind Writing: Handwriting vs. Typing-Who Wins the Battle?" *Life* (Basel). 2025; 15(3): 345.

Shaywitz, S. E., & Shaywitz, B. A. (2005). "Dyslexia (specific reading disability)". *Biological Psychiatry*, 57(11), 1301–1309.

Price, C. J. (2012). "A review and synthesis of the first 20 years of PET and fMRI studies of heard speech, spoken language, and reading". *NeuroImage*, 62(2), 816–847.

Un avance monumental: el primer atlas de las células del cerebrohumano

El ensayo que sigue fue publicado por el portal The Conversation, el 23 de octubre de 2023. Francisco José Esteban Ruiz es profesor titular de Biología Celular de la Universidad de Jaén

FRANCISCO JOSÉ ESTEBAN RUIZ

El cerebro, esa intrincada red de casi cien mil millones de neuronas y otro tanto de células no neuronales –astrocitos y oligodendrocitos, entre otros–, ha cautivado y desafiado a la comunidad científica durante siglos.

Para entender cómo los circuitos neuronales permiten que nos emocionemos con el olor de un perfume, sintamos empatía o mostremos comportamientos complejos como la creatividad o la toma de decisiones éticas, primero debemos comprender la estructura y la función de los diferentes tipos de células cerebrales y su relación.

Claro que, como podrán imaginar, identificar tantos miles de millones de células cerebrales es todo un reto científico y tecnológico, más aún si queremos caracterizar cada tipo de célula en particular. Pues bien, este monumental esfuerzo se acaba de llevar a cabo con éxito.

Al fin un censo de las células cerebrales

Para poder hacer realidad un proyecto tan ambicioso, en 2017 se creó la red de investigación para el censo de células cerebrales, llamada Biccn (por sus siglas en inglés). Esta red engloba a más de treinta laboratorios de diversas disciplinas. Su objetivo es identificar, caracterizar y mapear cada tipo de célula del cerebro en humanos, primates no humanos y ratones.

Los estudios de la Biccn, gracias al empleo de las tecnologías más avanzadas que hasta ahora solo se aplicaban a modelos animales, han dado sus primeros frutos: han revelado la composición celular detallada del cerebro humano, tanto adulto como durante su desarrollo.

Y lo han hecho en tres diferentes niveles de estudio: el transcripcional, que nos indica la función de las células a través de la expresión de sus genes; el epigenético, que nos revela cómo se activan o desactivan estos genes por la edad y por factores ambientales; y el nivel funcional, que se refiere, por ejemplo, a si las neuronas excitan o inhiben a otras neuronas.

La integración de estos resultados muestra que, como cabía esperar, además de la variación entre regiones cerebrales, también la hay entre los cerebros de cada persona. Es decir, no existe un único prototipo de cerebro humano, sino un amplio rango genético y de respuesta al ambiente, tanto en individuos sanos como en diferentes estados de enfermedad.

Dos atlas y dos análisis comparativos

La enorme y compleja investigación a nivel de análisis de células individuales ha proporcionado resultados inte-

resantísimos. En primer lugar se han generado dos atlas: uno de células individuales del cerebro humano adulto, y otro de células individuales de primates no humanos también adultos (macacos y títies).

Asimismo, se han presentado dos análisis comparativos, uno de células individuales entre cerebros humanos y de primates no humanos, y otro entre células individuales durante el desarrollo del cerebro tanto en humanos como en primates no humanos.

Finalmente, se han analizado y modelizado la función y la distribución de los tipos celulares neuronales humanos y su comparación con los de ratón. Como dirían en mi tierra: "Casi ná".

Descripción detallada de más de tres millones de células

Entre los resultados más importantes destaca la descripción detallada de más de tres millones de células cerebrales a nivel individual (entre las que se incluyeron más de dos millones de neuronas) de casi cien zonas diferentes del cerebro humano adulto.

Los hallazgos indican que el cerebro no es nada homogéneo. Aunque todas las células del cerebro comparten el mismo ADN, cada una de ellas usa diferentes genes en distintas cantidades. Eso da lugar a un nivel de diversidad y especialización celular absolutamente asombroso.

Curiosamente, las neuronas más singulares se encuentran en la corteza visual primaria (V1), que se ha convertido en el epicentro de fascinantes descubrimientos sobre cómo interpretamos y percibimos el mundo visual que nos rodea. Esta región cerebral no es solo un procesador de

imágenes, sino también un mosaico impresionante de células que, en conjunto, crean el rico tapiz de nuestra experiencia visual, permitiéndonos discernir formas, colores y movimientos con asombrosa precisión.

Este trabajo sienta las bases para entender cómo las variaciones en la estructura celular pueden influir en nuestra capacidad para procesar información y realizar diversas funciones cognitivas.

Pequeñas pero significativas diferencias con nuestros parentes cercanos

Más aún, otra investigación revela también sorpresas en las células del cerebro humano cuando las comparamos con las de nuestros parentes más cercanos, los chimpancés y los gorilas. Aunque compartimos con ellos una estructura celular cerebral básica, nuestras neuronas utilizan diferentes genes para conectarse y formar circuitos en el cerebro. Este detalle indica que pequeños cambios en las conexiones neuronales podrían impulsar evolutivamente nuestras capacidades cognitivas, tales como el razonamiento complejo y la creación de lenguajes avanzados.

Sumándose a estos resultados, el equipo desveló una interesante similitud neuronal entre chimpancés y gorilas, pese a que los chimpancés y los humanos comparten un ancestro más inmediato. Esto pone de relieve la excepcionalidad de la biología cerebral que nos hace humanos, desplegando un abanico de posibilidades como la invención de herramientas, la composición de majestuosas sinfonías y la percepción de la delicada sensibilidad en la poesía.

Implicaciones en trastornos del desarrollo como el autismo

En relación con el estudio del desarrollo de la corteza cerebral humana, que se despliega a través de nuestra etapa prenatal y continúa durante muchos años tras el naci-

miento, se han analizado minuciosamente más de 700.000 células provenientes de 169 muestras de tejido de 106 donantes.

Así, se han podido establecer cómo se desarrollan y se diferencian diversas células en el cerebro, incluyendo las neuronas que se encargan de emitir señales eléctricas, aquellas que las regulan, las células gliales que son las "cuidadoras" del entorno neuronal, y las células que conforman nuestros vasos sanguíneos cerebrales, siendo todas ellas piezas fundamentales en el majestuoso puzzle de nuestra maquinaria cerebral.

En cuanto a las implicaciones que estos hallazgos tienen en trastornos del desarrollo como el autismo, este trabajo nos presenta una perspectiva de cómo pequeños cambios en esta compleja danza de desarrollo celular pueden llevar a condiciones que afectan profundamente a la interacción social y comunicativa. Por ejemplo, al entender más acerca de cómo las neuronas y las células gliales se desarrollan y se comunican entre sí, podemos comenzar a desentrañar los misterios de por qué, en algunas personas, este proceso difiere y cómo esto puede impactar en la forma en la que perciben e interactúan con el mundo.

Por si fuera poco, el estudio ilumina las sutiles pero significativas diferencias en la expresión génica entre niñas y niños respecto al autismo, proporcionando un prisma a través del cual poder examinar por qué este trastorno muestra diferentes tasas de incidencia y manifestación entre géneros.

Independientemente de la enorme valía de cada uno de los resultados publicados, el esfuerzo interdisciplinario aquí demostrado permite avanzar hacia el objetivo común de conocer el desarrollo y el funcionamiento del cerebro que nos hace humanos. Además de abrir las puertas a una nueva era de investigación en el origen de las enfermedades neurológicas. ☀

ENTREVISTA >> MUNDO EN TRANSFORMACIÓN

Jorge Carrión: el futuro se entreteje desde una voz femenina

“Yo creo que la figura del escritor es una figura híbrida o puente, porque no solo une con sus dedos, manos, brazos, la superficie de la mesa y su propio cuerpo con el teclado, y por tanto con la informática y con internet, sino que, además, aunque publique en revistas en línea o posts en las redes sociales, sobre todo sigue creyendo en la importancia de publicar libros físicos, en papel”

CLAUDIA CAVALLIN

Siempre que pienso en Fibonacci y la secuencia de números que se repiten solo al inicio, para luego dar un paso atrás y una suma hacia adelante, imagino el recorrido que estamos cabalgando en este mundo, donde la inteligencia artificial nos permite girar hacia lo que fuimos y luego duplicar lo que seremos. En palabras de Jorge Carrión, escritor, crítico cultural y director del máster en Creación Literaria en la Universidad Pompeu Fabra –cuya obra ha sido traducida a quince idiomas–, la movilidad de los textos pareciera coordinarse también en direcciones varias. Desde los táctiles y valiosos libros hasta las páginas incontables escritas por las inteligencias no humanas, Carrión se mueve por la ruta del arte y los documentos, donde pueden añadirse los deseos, las pasiones y algunos giros que se debaten entre la encrucijada de la escritura digital. Como en toda sucesión de Fibonacci, en los textos escritos y visuales de Carrión pueden habitar múltiples configuraciones y aspectos biológicos de las especies, de las galaxias, de las proporciones del cuerpo humano; a partir de la disciplina, la asimetría, las feminidades, el áurea o el infinito. Todo ha sido creado durante sus viajes por el mundo, en los cibercafé, en las conferencias académicas, en los hoteles o en los aeropuertos. Desde esa movilidad, más allá de los espacios, ciertas interrogantes giran una vez más al retomar lo que, hace varios años, conversamos en un café de Barcelona.

Quisiera iniciar con unas palabras clave que mencionaste en la presentación que compartiste en el Primer Congreso de Escritura Creativa del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Houston: “simulacros”, “máquinas”, “ciencia ficción capitalista” y “algoritmos”. Pareciera que todo se enhebra en un futuro que ya es presente, donde el léxico transciende la identidad real de las personas que crean mundos virtuales y los reproducen. ¿Hacia dónde se dirige la figura de un escritor en el universo que habitamos virtualmente?

Yo creo que la figura del escritor es una figura híbrida o puente, porque no solo une con sus dedos, manos, brazos, la superficie de la mesa y su propio cuerpo con el teclado, y por tanto con la informática y con internet, sino



JORGE CARRIÓN / ARCHIVO

que, además, aunque publique en revistas en línea o posts en las redes sociales, sobre todo sigue creyendo en la importancia de publicar libros físicos, en papel. Por tanto, en su cuerpo y en su mente hay implícito un equilibrio entre ambos mundos, el analógico y el virtual. Creo que debe defenderlo.

Ambos mundos, el analógico y el virtual, se diferencian. Lo analógico es como una rampa continua y lo digital es como una escalera, ya que solo puede tomar un número finito de valores. Usamos esta metáfora de la rampa y la escalera porque siempre nos ha gustado valorar el subir y bajar en los espacios. Quiero mudarme ahora a algo que usted mencionó: esas capas maravillosas que se adhieren de arriba a abajo, de manera fluida, a las membranas del arte en los museos. Los museos son espacios sociales compartidos que preservan nuestras conciencias, nuestra memoria, nuestra movilidad. Partamos, por ejemplo, de un lanificio de las abuelas. O de la *hibris* del arte que se teje en ellos. Como señala, todas las mitologías allí contemplan diosas divinas que tejen. Como hilanderas, las mujeres crean un tapiz: un movimiento incesante de la rueca, una imagen del ser esclava o la confusión entre ellas y las máquinas. ¿Cómo definiría las rutas de las mujeres en el arte, de lo femenino en las obras, de la identidad de género en el museo? ¿Como rizomas que no dejan de multiplicarse? ¿Como frágiles tejidos que pueden volver a deshilvanzarse de ser necesario?

Creo que les corresponde a las propias mujeres definir esos tejidos. Fernanda Trías, por ejemplo, en su maravillosa novela *El monte de las furias* (Random House, 2025) elabora una de

las infinitas maneras de ser mujer en el mundo. Berta García Faet, en su poderosa poesía, construye formas muy distintas. No me atrevería a decirles yo. Pero mi narradora plural de *Membrana* (Galaxia Gutenberg, 2021), en el Museo del Siglo XXI, sí que nos recuerda que el texto es textil, que todas las redes son sociales, que los tejidos entrelazan a hombres y a mujeres, a humanos y a no humanos. Y lo hace en femenino, supongo porque el futuro lo es.

En *Membrana*, también menciona la energía erótica, aquella que “une lo uno con lo otro, o lo uno consigo mismo a través del reflejo, o lo otro consigo mismo mediante el homenaje y la parodia”. En la presentación que compartió con los escritores, usted hizo referencia a que el ChatGPT ha decidido abrir los contactos sexuales entre los cuerpos, más allá de las palabras, las conversaciones, los dibujos y las ideas. OpenAI pronto permitirá a los adultos crear contenidos eróticos allí y algunos piensan que llegarán a la “mercantilización emocional” ¿Cómo se compara entonces el erotismo en el museo con el futuro del erotismo que se añade a la bolsa de valores?

En la ficción imaginé la hibridación de los cuerpos humanos con internet, a través de los personajes “híbridos”; y, en efecto, recordé que el motor del mundo es el deseo, y que por tanto en algún momento será posible que los humanos follemos con las máquinas. Sam Altman, que camufló durante un tiempo su obsesión por el dinero y el poder y ahora ya es adicto a ellos, ha acelerado esa vía, que en mi novela proyecto para dentro de algunas décadas. Es posible que se normalice en los próximos años. Pero antes del contacto físico habrá, como ya hay, un gran

contacto verbal. Del amor platónico pasaremos a la pornografía automatizada, con robots blandos de aspecto hiperrealista, muy humanos. ¿Cuándo experimentarán orgasmos o, al menos, los simularán a la perfección?

Esa es mi duda compartida, y recuerdo que Jean Baudrillard nos decía que, en un mundo hiperreal, lo social y la cultura se extinguieren. Una cultura del simulacro puede llevarnos al mundo del espectáculo, no obstante, quisiera volver a otro mundo, esta vez más natural. En el capítulo 53 de *Membrana*, menciona una palabra clave: eocidio. El exterminio parecería formar parte de toda revolución registrada o posible, y el sucumbir al mal o atravesarlo es un reto para todos los seres humanos. Saliendo del museo, volviendo a lo que seguimos siendo, ¿A qué debemos temerle más? ¿A nuestra desaparición real en este planeta? ¿A

Jorge Carrión
Membrana

lo que se borra cuando las redes se detienen o sucumben? En el 2025, Amazon tuvo una caída global que afectó las webs y apps por muchas horas...

Las pandemias y los apagones probablemente se vuelvan normales en un horizonte de cambio climático acelerado. Con la impunidad de Israel, se normaliza también el genocidio. Aunque la realidad se sitúe, por lo general, a medio camino entre la tragedia y la comedia, entre la distopía y la utopía, el diseño de la comunicación, la logística y las infraestructuras de nuestro momento histórico me empuja, me temo, hacia lo distópico.

Ante situaciones difíciles, como la que menciona, retornamos siempre a las bibliotecas, a los libros, a ese “pasar las páginas” que también se utiliza en lo virtual. En *Lo viral* (Galaxia Gutenberg, 2020), sus apuntes sobre algo que sucedió hace varios años se dirigen al limbo en el que vivimos. “Somos muchos quienes hemos hecho del viaje y del cosmopolitismo nuestras señas de identidad”. Siguiendo a creadores inquietos como Joseph Roth, Edgardo Cozarinsky, Jenny Diski, Jan Morris, Titouan Lamazou o Gao Xingjian hemos dividido el mundo entre los paseantes y los sedentarios, los viajeros y los domiciliados, los emigrados... ¿Cómo podemos asumir esas señas de la identidad si volvemos a ser aquellos que oscilamos entre dos palabras que nos definen: “el viaje” y “la espera”?

La tensión entre nomadismo y sedentarismo recorre la historia de la humanidad. En el siglo XXI se ha vuelto más compleja porque en nuestro día a día estamos dialogando, chateando, enviándonos emails con personas que están en otros continentes, con quienes no solo mantenemos vínculos profesionales, sino también afectivos. E intercambios no solo textuales, sino también de audio e imágenes. De modo que, además de quietos o en movimiento, físicamente, estamos navegando o surfeando (metáforas náuticas) por la red de redes, en todos los lenguajes a nuestra disposición. La quietud impuesta por la pandemia, en la cual escribí *Lo viral*, un falso diario, un ensayo experimental, y el guion del episodio sobre posturismo de mi podcast *Solaris*, me hizo pensar en la posibilidad de una nueva conciencia ecológica y en una nueva costumbre de experiencias híbridas, pero no ha sido así: viajamos más que nunca y contaminamos más que nunca.

Ya que menciona el viaje, para cerrar, quisiera retomar nuestro brevísimo encuentro en Houston. A sus fotografías finales en los Galápagos, donde entrevista a animales silentes, a un ave, a una tortuga gigantesca que se detiene ante el micrófono. Las conexiones posibles, los sentimientos compartidos, la ansiedad permanente de conocer (y comprender) al “otro” son una necesidad. Como ha dicho antes, “El futuro de la humanidad camina del antropocentrismo al código-centrismo”. Si es así, ¿cómo podemos trasladarnos y mantenernos al habitar una simbiosfera?

Yo creo que la transición en marcha es de la centralidad del hombre a la centralidad de la IA y es una transición impulsada por la avaricia corporativa. Pero es posible situar en ese lugar la vida. El biocentrismo no excluye la tecnología, la puede integrar armónicamente, como nos recuerda James Bridle en su ensayo *Modos de existir: Más allá de la inteligencia humana* (Galaxia Gutenberg, 2024), o como nos recuerdan los nanorobots o la biotecnología. Y sí, en Galápagos me di cuenta de que ahí está realmente el gran “Museo del Futuro”, que pasa por la conservación, por poner la vida en el lugar que le ha correspondido desde siempre. ☀

SIN GUÍA PARA PERPLEJOS: SERIE ENSAYOS MORALES



EL TIEMPO VENCIDO POR LA ESPERANZA Y LA BELLEZA, 1627 – SIMON VOUET / MUSEO DEL PRADO

La esperanza

RUTH CAPRILES

Sabemos que la esperanza quedó en la jarra de Pandora. Algunos opinan que así fue resguardado, para uso ulterior de los mortales, el único bien que podía aliviar los males que sí salieron de aquella.

Otros sospechan intención maléfica, impedir que la esperanza llegase a los seres humanos. Más que sospechosos, convictos son Pandora, como autora material por cerrar la jarra antes de volar la esperanza, y Zeus, autor intelectual y financiero, único beneficiario del hecho. El motivo: la satisfacción de una venganza.

La inocencia de Pandora sería una delicia para un buen abogado penal: "Según el testimonio de Hesíodo, señores del jurado, la esperanza se tropezó con el reborde de la boca de la jarra y cayó. Sin duda era más pesada que los males, por eso no pudo volar; Pandora no la vio cuando cerró la pesada tapa".

La responsabilidad de Pandora se reduce aún más por su carencia de voluntad. Ella no fue más que un instrumento de Zeus; hecha para seducir, engañar y diseminar el mal entre los mortales.

Pero hay un enigma o un actor ve-

lado en este asunto. ¿Qué hacía la esperanza en la jarra de los males? No le correspondía estar allí; debía estar en la jarra de los bienes.

Alguien metió la esperanza en la jarra de Pandora.

Si hubiese sido Hesíodo, quien relató el mito y hasta es posible que se lo inventara, habría dejado que la esperanza volara.

¿Hermes el *trickster*, quien infundió en Pandora las artes del engaño? No, Hermes no engañaba a Zeus. El titán Prometeo era el rebelde y astuto burlador del poder de los dioses.

¿Afrodita? Quizá la diosa lamentó que toda la belleza y artes de la seducción, que había conferido a Pandora, solo provocasen sangre, sudor y lágrimas. Y si no ella, alguien tuvo un gesto de amor para los mortales, intentó dejarnos la virtud que nos permite seguir a pesar de todas las desgracias.

Pero estas disquisiciones alrededor de un mito siempre presente tienen sentido si suponemos que la esperanza es un bien y tenerla es una virtud.

¿Qué tal si no es así? ¿Y si fueron los mismos creadores del mito quienes introdujeron la esperanza en la jarra de Pandora porque la entendían como un mal, un vicio que agravaba

los demás?

Porque siempre el exceso de una virtud se convierte en un vicio. La esperanza es un mal cuando es un delirio inalcanzable, cuando es un engaño manipulado por la publicidad y la propaganda, cuando la repetición de una mentira produce cansancio y desilusión.

La esperanza es un vicio cuando hay tanta confianza en la realización del deseo que se deja a otros el efectuarlo, por arte de magia o de fuerza, por voluntad divina o de agente exterior. Dios proveerá.

Poner la esperanza en otro es una apuesta riesgosa, es como dejar el sueño atrapado junto con la esperanza en la jarra de Pandora; su distribución dependerá siempre del capricho de Zeus.

La esperanza es una virtud solo cuando nos ocupa en realizar los sueños. Entonces nos motiva a dar el siguiente paso en situaciones extremas; refleja el ideal de mundo que buscamos, nos da dirección y misión, sin cegarnos al entorno adverso y a los cambios en el mismo que requieren modificar el sueño.

La esperanza solo es virtud cuando lo que esperamos del futuro es lo que realizamos y realizaremos. ®

CAFÉ DEL DÍA

Mi amigo Boris Izaguirre

ROGER VILAIN

Camila, mi hija mayor, desde Francia me habla de Boris. Eso porque el veintiséis de diciembre, sentado en el *Sweet and Coffee* de la 12, termino *Otra vida por vivir*, de Kallifatides, y cojo *Verdades alteradas*¹, de Izaguirre. Se lo comento, se alegra, esgrime sus pareceres, cambiamos luego de tema.

Lo hallé en la Re-read de Gran Vía, en Granada, y le puse el guante de inmediato para finalizar la cacería llevándomelo junto con otro de José María Gironella. Nada mal –me dije al salir–, y aquí me ven, a la espera del segundo *macchiato* en pleno descubrimiento del caraqueño.

Decía arriba que Camila me habla de Boris. Y lo llama solo por su nombre, cosa que a los veintidós años está más que permitido porque nombre y apellido suelen crear cierta distancia que si a ver vamos puede acabar en abismo. Así lo llama y a mí se me ocurre seguirla, claro, para darle coherencia, lógica continuidad al asunto. Camila me habla de Boris y fijate papá en su desparpajo, lleno de talen-

to, con inteligencia en medio porque ninguna salida de las suyas vale un centavo sin cuatro dedos de frente.

Ato cabos, leo, avanzo con el libro, y cuanto mi hija ha dicho por el chat gana carnadura. Las verdades alteradas de Boris Izaguirre agarran por el cuello al mundo posmoderno, donde casi todo cabe, donde sobra cierta realidad, y lo contrasta con el día a día del ser moderno, razonado, planchado, muy bien cuadriculado. Para lo anterior, poner el ojo en la diana y poner de seguidas la bala requiere capacidad de mucha observación, del alma humana y de la sociedad que hemos forjado, cuestión que vive a sus anchas en quien, repito, llamo a secas Boris, amigo para siempre, amigo desde el punto que a continuación pongo feliz.

Un ejemplo de verdad alterada es triunfar por ser honestos. El modelo que el autor nos brinda es el de Mette-Marit, "la primera futura reina de un país europeo que reconoce su drogadicción (...) Para sorpresa de quienes se aprovechan de los errores ajenos, Mette-Marit triunfa por su

honestidad. Seduce, convence, aclara y despacha el asunto para enfrentarse a un hecho mucho más positivo: ser reina". Sí, triunfar por ser honestos debería ser lo usual y no una verdad alterada, con lo que la anécdota trasciende la simple referencia a terceros para a mi juicio aterrizar, de rebote o carambolas, en el propio Boris, clarísimo *alter ego* de la futura reina. A él le ha ido rebién por idénticas razones.

Las verdades alteradas juegan al gato y al ratón con cada uno de nosotros. Ficción y realidad hacen de las suyas en semejante jardín de claroscuros, como un equilibrista sobre la cuerda floja. Es el "hábitat natural de la verdad alterada, de la cotidianidad salpicada de extravagancias, de las vivencias insólitas que le dan sentido a la vida". Para ilustrar mejor el punto, la literatura es buen ejemplo de tal apreciación gracias a que maneja a su antojo sus misterios. El prestidigitador de palabras que llamamos escritor juega a placer con todo ello, verbigracia, Boris y sus libros, Boris y su arte, Boris y su glamorosa vida

NOTA AL MARGEN

La realidad invisible. La consternación histórica y sus formas subversivas

La forma toma su valor de la sustancia que crea.

Es solo a través de la búsqueda de una nueva realidad que la forma adquiere su fuerza y su belleza no premeditada

Nathalie Sarraute

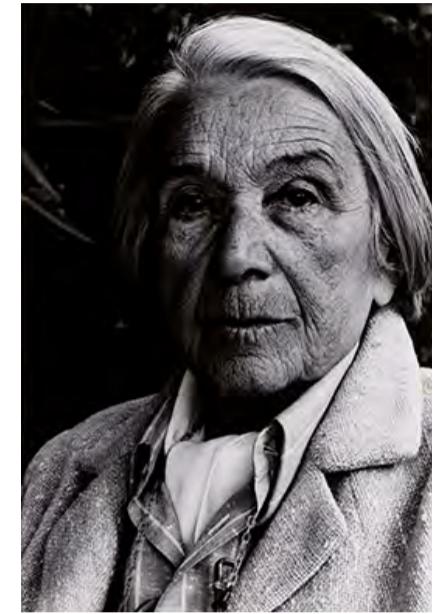
KEILA VALL DE LA VILLE

La novela decimonónica realista, con su arco narrativo, linealidad, voz omnisciente, personajes de psicología individual y estructura familiar a la racionalidad humana, marcó el devenir literario de los siglos posteriores. Aún hoy puede pensarse hegemónica. Aún así, otras maneras de contar, nuevas formas, han respondido ante el acaecer histórico posterior y sus requerimientos expresivos, hasta el presente.

Según la autora fundamental Nathalie Sarraute (1900-1999) para el escritor la realidad es lo que nadie ve, y la forma es el movimiento a través del cual esa realidad invisible y desconocida, se hace visible. Cambia la realidad, cambia la forma en que es visibilizada. Sarraute buscaba "algo, una sustancia, una forma que me perteneciera personalmente... el marco de la novela antigua ya no podía satisfacer las necesidades modernas, y pensé que sería interesante –en realidad ni siquiera lo pensé, lo hice sin pensar– mostrar movimientos interiores existiendo por sí solos, sin personajes, sin trama".

El *nouveau roman*, o la nueva novela de la que Sarraute a partir de *Tropismos* (1932) es considerada precursora, manifestó la decepción, la incertidumbre, la herida y la fragilidad existencial posterior a la II Guerra Mundial. Según Freed-Thall, el trauma marcó sus búsquedas. Aunque el movimiento literario no se considera tal –demasiadas diferencias entre nosotros, dijeron los autores– la exploración formal de sus obras emblemáticas calla y otorga. Enfrentadas a lo inteligible en la ficción decimonónica, se instalaron en lo inacabado y experimental, lo ambiguo y la percepción fragmentada, el instante presente, el lenguaje de "grado cero", inescrutable y roto, y el personaje diluido en narrador. La casa clandestina Minuit, emplazada en la resistencia a la censura alemana, los convocó en su colección quizás porque sus textos respondían y sobrepasaban la censura.

Junto Alain Robbe-Grillet, Marguerite Duras y Claude Ollier, Sarraute



NATHALIE SARRAUTE – MICHAUD, FERNAND / BIBLIOTHÈQUE NATIONALE DE FRANCE

te determinó el devenir del no-movimiento. Su *Topismos* (según la RAE: movimiento de orientación de un organismo como respuesta a estímulos como la luz o la acción de la gravedad), libro corto de veinticuatro piezas y difícil clasificación, trabaja el tiempo "amplificado" y los gestos mínimos, diluye narrador y personajes convirtiéndolos en corriente continua y se funda en el monólogo interno, el germen del sentimiento, el movimiento silencioso e imperceptible de la conciencia. "Intenté mostrar ciertos movimientos que desde siempre me habían atraído... están escondidos bajo el lugar común, las apariencias inofensivas de cada insante de la vida... se deslizan a través de nosotros en las fronteras de la conciencia como sensaciones indefinibles, extremadamente rápidas, se esconden tras nuestros gestos, bajo las palabras que pronunciamos, los sentimientos que manifestamos, de los que somos conscientes y podemos definir... son la fuente secreta de nuestra existencia... su estado naciente".

Al observar una realidad nunca antes vista, Sarraute mostró estereotipos y contradicciones del momento histórico sin nombrarlos, y más aún fundó una forma literaria atenta a lo esencial humano. Su *nouveau roman* se planteó una historia obvia, mínima, sublevada y callada a la vez, exploró los traumas del momento mostrando la violencia histórica a partir de formas nuevas. Mirando muy de cerca, logró contar la consternación y el desengaño sin nombrarlos. Sensibilidad y arrojo abrigó su maestría. ®



misma. "Somos fantasmas en una realidad que consideramos verdad".

Terminado el libro vuelvo a charlar con Camila, leuento lo que a ustedes, expongo mis apreciaciones, doy mi veredicto. Entre otras cosas reitero una amistad: "mi amigo Bo-

ris Izaguirre" –sentencia nunca mejor dicha. Pues nada, jamás verdades alteradas como la que nos ha unido en este escrito. ®

¹ Izaguirre, Boris (2001). *Verdades alteradas*. Madrid: Espasa.